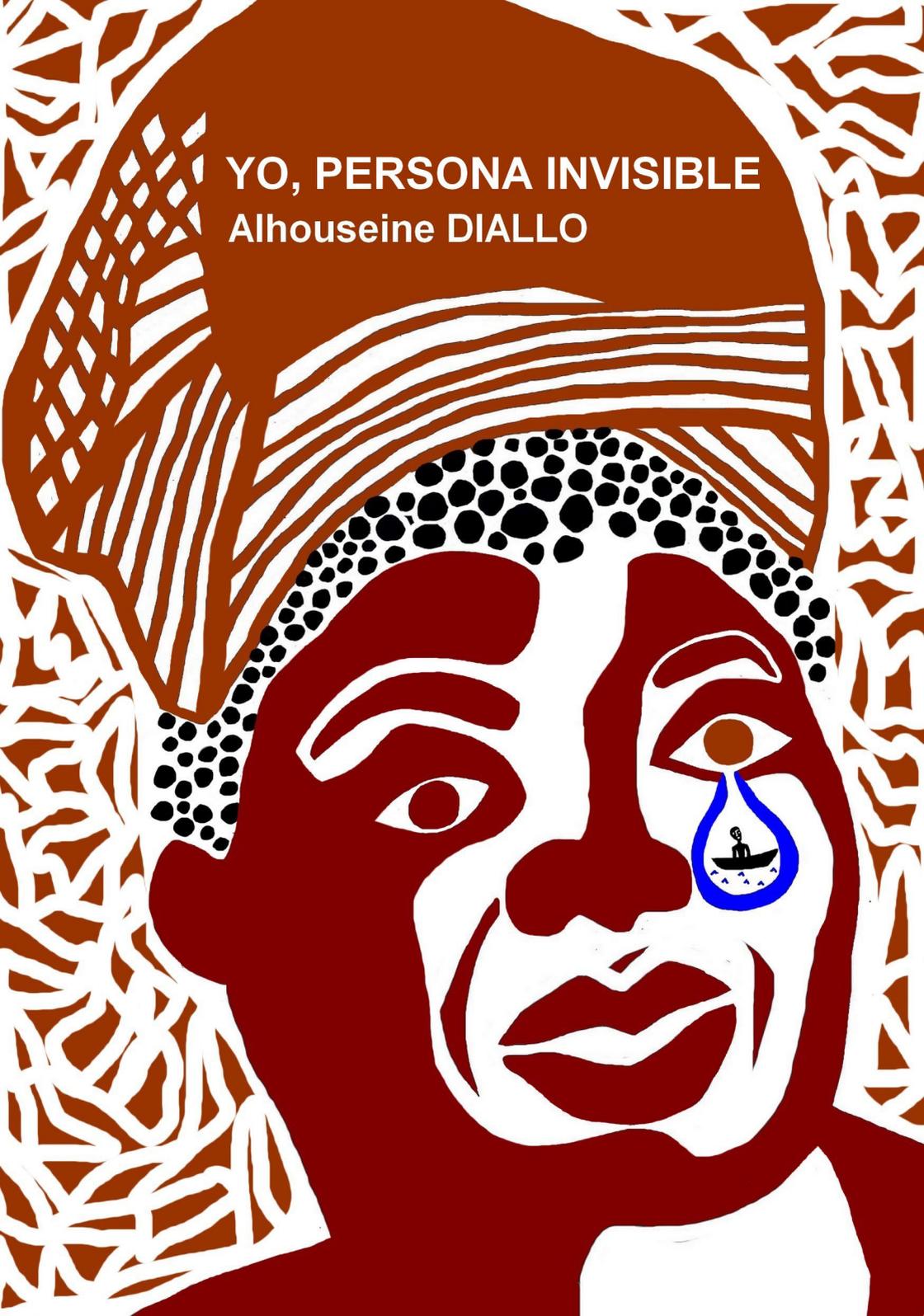


YO, PERSONA INVISIBLE
Alhouseine DIALLO



Este libro ha sido publicado con el apoyo financiero del laboratorio Migrinter y del Observatorio de la Migración de Menores

Es un libro de acceso libre y gratuito, lo que implica que Alhouseine Diallo no percibe derechos de autor

Se invita por tanto a los lectores y lectoras a que hagan una donación para apoyar su trabajo (donación sugerida 10-15€)

Pueden hacerlo fácilmente utilizando el enlace y/o code QR que figura a continuación

El importe de su donativo (aparte de la comisión de la plataforma) será percibido íntegramente por el autor

¡Muchas gracias y disfruten de la lectura!

<https://gofund.me/7da89c3a>



Yo, persona invisible

de **Alhouseine DIALLO**



Ilustraciones: Patrick BONJOUR

(prohibida su reproducción sin autorización)

Traducido del francés por Daniel SENOVILLA HERNÁNDEZ

Colección "PALABRAS DE JÓVENES"

coordinada, editada y realizada por

Marie COSNAY & Daniel SENOVILLA HERNÁNDEZ

con el apoyo financiero de



Observatoire
de la **Migration**
de **Mineurs**

MIGRINTER - CNRS - Université de Poitiers



SUMARIO

Conakry, Guinea.....	7
Tánger, Marruecos.....	13
Ceuta, España.....	23
Cádiz, España.....	35
Madrid, España.....	39
Frontera franco-española.....	55
París, Francia.....	59
Un proyecto que se materializa.....	75
¿Volveré a ser visible algún día?.....	83
Anexo 1 - Glosario.....	97
Anexo 2 - Otros textos de Alhouseine Diallo.....	101
Homenaje a Muami Traoré.....	117
Postfacio de Daniel Senovilla Hernández.....	119
Agradecimientos.....	130

Imagine que su hija, su hijo, su hermana, su hermano o su pareja desapareciese de la noche a la mañana.

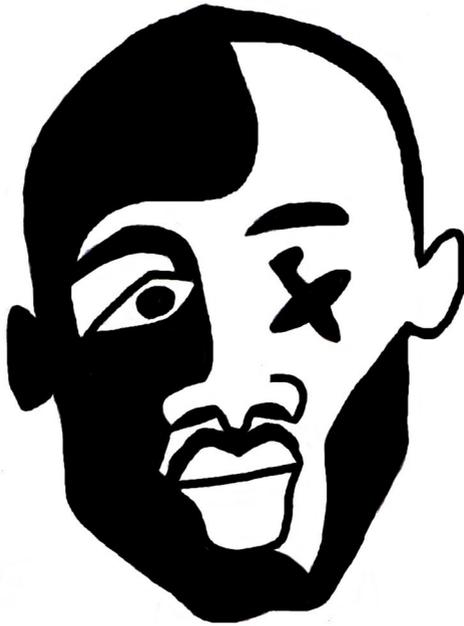
Imagine la angustia de las personas que saben que podría ser la última vez que ven a sus seres queridos.

Imagine las lágrimas de toda una familia al ver como uno de sus miembros, que representa su última esperanza de alcanzar una vida mejor, abandona su hogar y emprende un camino verdaderamente peligroso, sin seguridad ni garantías.

Piense en las noches interminables en las que los suyos esperan con desazón una llamada telefónica que nunca llega.

Cientos de africanos abandonan su país cada día por diversos motivos. Cada uno tiene su propia historia, pero casi todos tienen el mismo destino en mente: Europa, la "tierra prometida". Algunos esperan su visado y salen en avión para continuar sus estudios, para viajar. La mayoría se marcha a pie huyendo de la guerra o la pobreza. Miles mueren durante este arduo viaje y muchos desaparecen, dejando a sus familias viviendo en el suspense y la duda. De aquellos que llegan a la tierra de "la esperanza y la buena vida", tan sólo unos pocos realizan su sueño.

Todos ellos podrían ser alguien de su familia



CONAKRY, GUINEA

Me llamo Alhouseine Diallo. Nací en Guinea Conakry, un país que posee la mitad de las reservas mundiales de bauxita y grandes cantidades de oro y diamantes. A pesar de ello, y como muchos otros compatriotas, me vi obligado a emigrar para buscarme la vida. Viví un largo periodo infernal, durante el cual sólo mi familia y yo éramos conscientes del calvario que estaba pasando, que no era otra cosa que abrazar la muerte cada día. ¿Estaba viviendo una guerra? No. Pero vivía en un lugar con muy pocas esperanzas de realizar mis sueños. Estudié hasta la universidad, pero no pude terminar ni realizar mis proyectos. Huí con la esperanza de poder finalizar mis estudios, ser periodista y ayudar a mis seres queridos.

Vengo de una buena familia. Mi padre era muy rico, trabajaba en el comercio y viajaba regularmente a Dubai por negocios. Vivíamos en una casa grande y bonita en la capital, Conakry. Las puertas estaban siempre abiertas para todo el que quisiera venir. Mi casa era la casa de todos. Iba a la escuela y tenía todo para ser feliz. Sin embargo, todo cambió bruscamente. Mi padre murió la mañana del 25 de diciembre de 2003, cuando un vuelo de Conakry a Dubai vía Beirut se estrelló, dejándonos a mis hermanos y a mí solos con nuestra madre, que entonces era muy joven.

Unos meses después del trágico evento, la familia de mi padre dejó repentinamente de visitarnos. Desconocíamos la razón y mi madre decidió ir a preguntar a mi abuelo cuya respuesta fue que, como su hijo ya no vivía, no teníamos cabida en su familia. Mi madre volvió muy enfadada, pero no podía hacer nada. Se encontró de repente completamente sola,

con sus hijos a cargo y sumida en la depresión. Pasaron los días, los meses, los años. Mi abuelo siguió administrando los bienes familiares y pagando una pensión a mi madre. Al notar retrasos y luego disminuciones en la cuantía de los pagos, mi madre empezó a inquietarse. Fue a ver a uno de los inquilinos de su ex marido pensando que por algún problema ya no podía pagarle. Éste le dijo sin embargo que mis tíos iban a su casa todos los meses a cobrar el alquiler. Mi madre volvió a ver a mi abuelo para saber qué pasaba. Su respuesta fue que mis tíos, hermanos de mi padre, tenían derecho a hacer lo que quisieran con esos bienes materiales que consideraban suyos. Nos estaban sustrayendo el dinero que debería corresponder a nuestra familia. Mi madre se percató de que era un ajuste de cuentas, una forma sibilina para deshacerse de ella.

Mis tíos siguieron practicando el mismo desfalco hasta que terminaron de vender las posesiones de mi padre. También se quedaron con mucho dinero que él había guardado en el banco. Con el paso del tiempo, mi madre pudo constatar que no nos quedaba prácticamente herencia. Esto nos afectó mucho, sobre todo a ella que más sola que nunca terminó de hundirse en la depresión. Nadie comprendía lo que pasaba realmente. Mis hermanos y yo éramos muy jóvenes y no sabíamos en quién podíamos confiar. Además, el procedimiento para obtener las indemnizaciones asignadas a las familias de las víctimas del accidente aéreo era tan complicado que la mayoría de las familias, incluida la nuestra, no recibió nada. Muchos de nosotros sospechábamos de la complicidad del gobierno, sobre todo por motivos étnicos. En un país corrupto reina la injusticia.

Seguir estudiando fue mi venganza, mi solución. Aprobé el bachillerato y fui uno de los alumnos que obtuvo matrícula de

honor. Fue una alegría para mí y un orgullo para mi madre. En 2016 ingresé en la Universidad General Lansana Conté, en Sonfonia (Conakry), para estudiar Ciencias del Lenguaje, con la ambición de especializarme en periodismo. Ese mismo año había muchos problemas políticos y las frecuentes manifestaciones perturbaban nuestra vida cotidiana. Sólo pude asistir a clase 4 días al mes: todo era un caos. Mis esperanzas de hacer carrera en mi país se fueron desvaneciendo poco a poco hasta hacerse añicos. Empecé a imaginar que si se presentase la oportunidad de estudiar en el extranjero sería fácil obtener un visado de estudiante, gracias sobre todo a mi distinción en el *Baccalauréat*. Pero pronto me di cuenta de que para eso hacía falta mucho dinero y en aquel momento ya no tenía ninguna ayuda. Esa fue la principal razón por la que pensé en denunciar los abusos de la familia de mi padre. Estaba seguro de que conseguiría hacer valer nuestros derechos y de que eso cambiaría nuestra situación, pero mi madre se oponía. Tenía que convencerla, ya era mayor de edad, tenía derecho a hacerlo. Pensaba que era urgente que se sancionara a todos los responsables.

Mi hermano y yo decidimos denunciarlos. Contactamos con un abogado e iniciamos el proceso. A pesar de nuestro pago inicial, en cada cita el abogado nos exigía sumas adicionales, que en un principio aceptamos pagar. Cuando por fin nos dimos cuenta de que se estaba aprovechando de nosotros, decidimos buscar otro letrado. Con el paso de los meses mis tíos se sintieron desafiados por el procedimiento judicial y empezamos a recibir numerosas amenazas de muerte de su parte. En definitiva, ¿por qué me fui de mi país? Ante todo para salvar mi pellejo, ya que las amenazas y las muestras de violencia por parte de la familia de mi padre iban en aumento. Quise además encontrar la manera de ayudar a mi familia.



En el avión, dirección Marruecos, 2017

Emigrar era la única solución, la salida más digna. Dada la inestabilidad política y los riesgos que corría, un vecino del barrio se ofreció a ayudarme pagándome el billete de avión. Eligió Marruecos, entre otras cosas porque no necesitaba visado para entrar allí. Unos días más tarde, en plena noche, de prisa y en secreto, partí.



TANGER, MARRUECOS

Cuando llegué a Rabat, estaba perdido; enseguida se me acercaron personas que, al verme solo y desorientado, pensaron que era el blanco ideal para sus negocios y estafas. Me ofrecieron diversos servicios como taxis, teléfonos o acompañarme a éste u otro lugar. Acepté pagar para poder llamar por teléfono a una persona que me habían recomendado antes de irme. Esta persona me dijo que uno de sus amigos iba a reunirse conmigo. Cuando llegó, hizo señas a un taxi y me dijo que el conductor sabía a dónde llevarme. Subí solo al coche. Circulamos durante horas en silencio, sin hablar ninguno de los dos el idioma del otro. Era otoño y yo sufría del ambiente frío que descubría por primera vez, además de un cansancio extremo y hambre. Cuando ya caía la noche el taxi se detuvo en medio de la nada, cerca de un lugar que parecía un mercado, y me hizo saber que habíamos llegado. No tenía ni idea de dónde estaba. Salí del coche que enseguida se marchó. Empecé a caminar. Como no hablaba árabe, busqué a gente que hablara francés pero no encontré a nadie. Al final me topé con alguien con quien conseguí entenderme y que me prestó un teléfono que utilicé para llamar de nuevo a mi "contacto". Éste me preguntó dónde estaba, le dije que no lo sabía y le pasé el teléfono a su propietario para que contestara por mí. El "contacto" dijo que me subiera a un taxi para ir a Tánger. Precisé que no tenía dinero pero contestó que él pagaría. Estaba muy oscuro y nos pusimos de nuevo en marcha en lo que me pareció otro viaje interminable.

Los primeros días en Tánger fueron difíciles. Estaba agotado. Un amigo de mi "contacto" me había llevado a una casa abandonada donde había otros migrantes. Algunos que ha-

bían venido a cruzar la frontera me contaron lo dura que era la vida en Marruecos: me describieron nuestras condiciones de vida y nuestro día a día; otros también me explicaron las distintas formas de llegar a Europa. Por primera vez pensé en cruzar. Hay dos maneras igual de peligrosas de hacerlo: saltar las vallas o atravesar por el mar. Al oír hablar de las altísimas vallas de Ceuta, de la policía, de los perros, de la gente asesinada, golpeada hasta la muerte, o que volvía herida o amputada después de intentar cruzarlas, la elección del mar fue obvia para mí. Tenía que reunir el dinero para financiar mi travesía. Así que me quedé en Tánger durante varios meses. Mendigué. Estaba muy preocupado, asustado: apenas dormía. Había muchos otros como yo, que habían salido de Guinea, Níger, Costa de Marfil, Senegal, Camerún, etc. Me hice amigos. En Marruecos había racismo por todas partes. La solidaridad entre nosotros era indispensable. Estábamos amenazados por todas partes; a menudo había peleas y reyertas (entre nosotros mismos o entre nosotros y los marroquíes). La policía, que patrullaba siempre de paisano, podía detenernos, pegarnos o perseguirnos en cualquier momento. No podíamos pasar más de una semana en un mismo lugar sin que los ciudadanos locales nos denunciaran. Había contados momentos de respiro en los que conseguíamos dormir.

Como persona instruida, a menudo tenía tendencia a menospreciar otras formas de vida que pudieran dañar mi reputación de "intelectual", pero hay momentos en la vida en los que nos enfrentamos a una situación tan precaria que nuestros miramientos desaparecen, porque la vulnerabilidad a la que nos vemos sometidos es mucho más fuerte que nuestra identidad. No importa en qué lugar o con quién nos encontremos, hay ocasiones en que nos vemos obligados a pedir ayuda.



Tánger, día de oración, 2017

Cuando pedí limosna por primera vez en Tánger tuve la impresión de ser la única persona visible entre la muchedumbre y de que todos los transeúntes se fijaban en mí. Al principio me resultó difícil pero como no era capaz de alimentarme por otras vías, me vi obligado a hacerlo para conseguir algo de comida.

Es cierto que cada persona que cruzas cuando estás en esta situación es diferente, algunas son más agradables que otras, pero no debes hacer juicios de valor. Tampoco debes avergonzarte de estar en la calle e incluso puede que des las gracias a alguien que no te ha dado nada. Con más razón aún a alguien que te ha ayudado y que además te ha regalado una sonrisa: no hay nada más valioso para alguien que mendiga.

Un amigo de la calle me dijo que fuese a ver el edificio en el que vivía, donde el número de residentes variaba mucho dependiendo de si los intentos de cruzar la frontera tenían éxito o no. Era un edificio abandonado por el que pagábamos un alquiler. Con lo que mendigábamos contribuíamos a pagar nuestras plazas entre los muros. El alojamiento era insalubre y dormíamos en el suelo. Era una casa sin puertas ni ventanas.

Un día estaba en nuestra "habitación", divagando, pensando en todo y en nada, en lo difícil que era saltar la valla o cruzar por el mar. También en que no sabía nadar. Un colega me contó que se había adentrado en el bosque para intentar saltar la valla. Me describió los peligros y sufrimientos que acechan a las personas que eligen esta opción y que muchas de ellas llevan meses, incluso años, viviendo en el bosque de Castillejos¹ en condiciones inhumanas, luchando por conseguir comida e incluso agua, soportando la lluvia, el calor y

¹ Ciudad marroquí adyacente a Ceuta.

el frío. En el bosque, sin refugio, la policía marroquí los persigue todos los días con perros y, si los encuentran, a veces los maltratan hasta la muerte o los deportan a las ciudades más remotas del país con el objetivo de hacerles perder la esperanza de llegar a Europa. Pude ver a varios volver completamente locos.

Pensaba en las escasísimas posibilidades de éxito, en los kilómetros que hay que recorrer, en las montañas que hay que subir, en los días que hay que pasar sin dormir; en la valla con sensores de movimiento y ruido, en las cámaras; en la malla que impide que los dedos se agarren para escalarla; en el alambre de espino. ¿Cómo es posible que todo ese equipamiento sirva simplemente para proteger las fronteras? ¿Hemos olvidado que las personas que las cruzan son seres humanos? Todo esto me dejó sin esperanza. Me dije: “No voy a conseguir entrar en Europa, intentarlo es pura y simplemente morir”.

Dos semanas después un amigo fue golpeado por la policía marroquí. Sufrió heridas en la cabeza, perdió mucha sangre y la paliza le quebró la espalda. Tres días después, murió. Yo estaba muy conmocionado y si no hubiera sido impensable e imposible regresar a mi país, me habría rendido. Decidí aún así seguir luchando hasta poder entrar en España para que mi familia no supiera que no había podido hacerlo o que había muerto en el intento.

Escribí una carta a mi madre en la que le decía: “Mamá, una vez más dame la oportunidad de demostrarte que puedo ser lo que tu alma espera de mí; si no, te pediré perdón por lo que me pase. Te quiero con todo mi corazón y por ti haré todo lo que pueda para darte de nuevo la felicidad que un



día tuviste. Aunque no tengamos que rendir cuentas a nadie, para mi sería un fracaso tener que volver a Guinea. No te preocupes por mí, bendíceme para que pueda salir adelante, porque estamos solos tú, mis hermanos y yo". Escribí todo esto sin posibilidad de enviarlo, y aunque hubiera podido no habría tenido el valor, siendo además consciente de la preocupación que habría causado. Ese mismo día otro amigo vino a despedirse. Estaba a punto de cruzar con un barco que había pagado. Le deseé lo mejor, que tuviera la oportunidad de entrar en Ceuta sin ser capturado ni por la policía marroquí ni por la Guardia Civil. Y se marchó.

Una activista española documenta periódicamente en Facebook entradas y travesías, devoluciones y naufragios. Fue en su página donde al día siguiente, a través del teléfono de un amigo, vi que un barco con 15 personas había llegado a Almería. Eso me animó mucho. Me dije: "¿Por qué estoy aquí con tanto miedo?" Con el dinero que había mendigado y otras sumas dejadas por amigos que se habían marchado (nunca cruzas con dinero encima), tenía casi suficiente para la travesía. Así que esa misma noche fui a informarme sobre los posibles "pasadores".

Un amigo me dio la dirección de un marroquí que organizaba las travesías en barco. No me fiaba pero tampoco tenía más remedio: le pregunté cuánto costaba. Me dijo que era un poco caro pero que podía hacerme un descuento porque seríamos muchos y cruzaríamos de noche. Acepté y volví a donde estaba "viviendo". Unos días después, el mismo chico vino a verme hacia las diez de la noche y me dijo que nos encontraríamos una hora más tarde en un parque de Tánger. No debía llevar nada conmigo, sólo la ropa que llevaba puesta. Tenía un miedo que nunca había sentido. Todo era precipi-

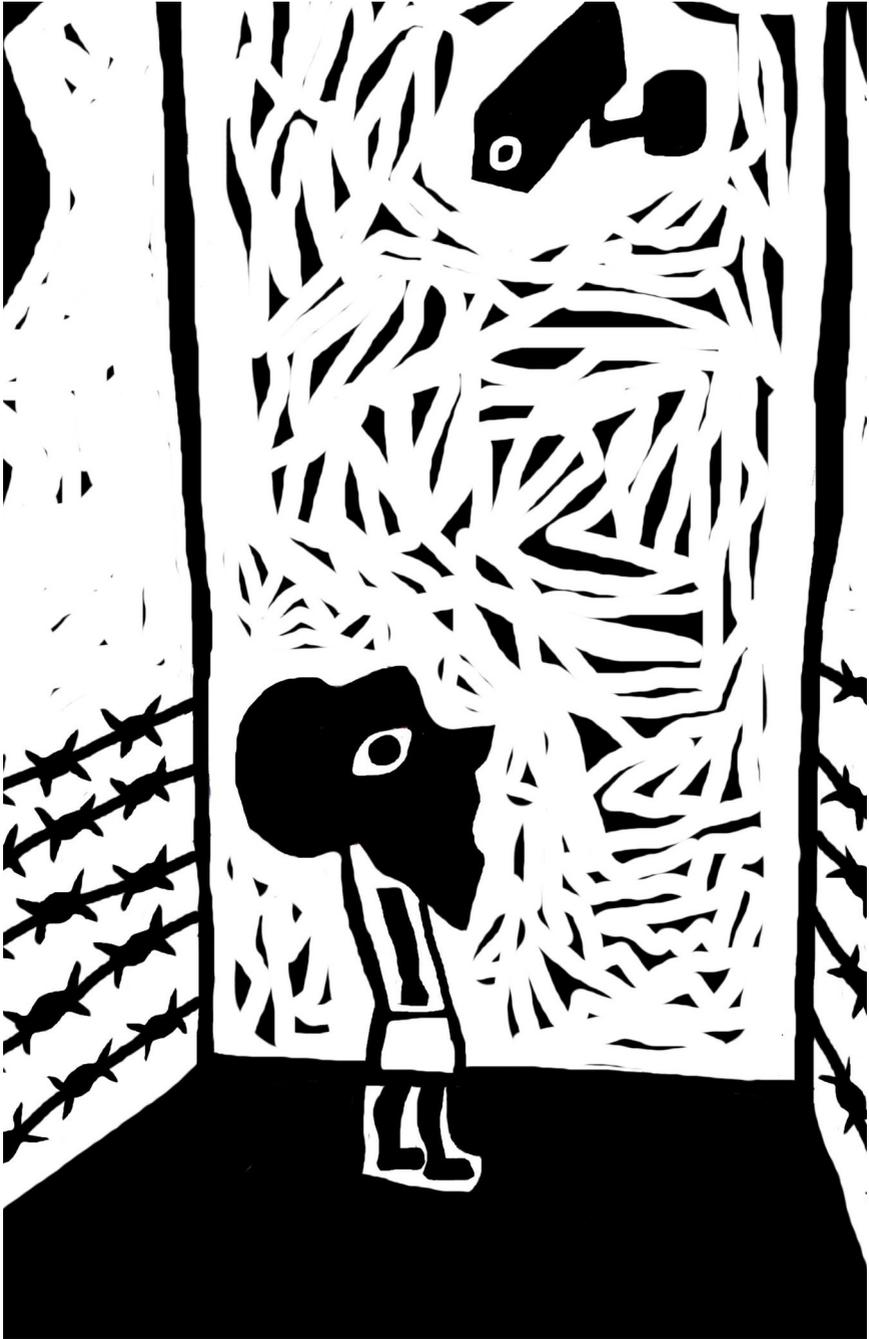
tado, me encontraba mal. En el parque, vi a la veintena de personas con las que iba a embarcar. No conocía a ninguna. Subimos a una furgoneta sin ventanas y nos hacíamos en la oscuridad del interior. El calor era insoportable. Algunos decían que tenían sed y querían beber agua, otros querían salir y respirar. Yo no podía moverme ni hablar. Quizás iba a morir.

La furgoneta se detuvo. El conductor telefoneó para decir que estaba en el punto de encuentro. Llegaron otros "pasadores" y nos hicieron bajar uno a uno. Pude ver cuántos éramos: 14 hombres y 3 mujeres, una de ellas visiblemente muy embarazada. Llegamos a un bosque tras haber caminado durante más de tres horas y ascendido tres montañas. Estaba tan asustado que no sentía ni el frío ni el cansancio. Descansamos una hora, volvimos a ponernos en marcha y seguimos caminando hasta las 5 de la mañana. Al coronar la cima de una montaña, divisamos una playa. Los "pasadores" marroquíes dieron media vuelta y nos dejaron allí. No sabíamos qué hacer. Al amanecer aparecieron nuevos "pasadores" que venían desde la playa. Esperaron hasta las 6 de la mañana para sacarnos de allí.

No habíamos comido ni bebido nada desde el día anterior. Nos dieron pan y agua; nada más. No pude ingerir nada. Esperamos durante largas horas. Por la tarde, cuando llegó el capitán del barco, tuvimos que dar el número de teléfono de una persona a la que llamar en caso de naufragio o de éxito, para que le abonaran o no el dinero de vuelta. Yo sólo sabía el número de mi madre y ése fue el que di. Subimos al barco. Era un barca de pesca muy pequeña, íbamos 17 personas a bordo, cabeceaba. Algunos empezaron a llorar y a temblar. Le pedí a Dios que me acompañara en el camino. Una hora más tarde seguíamos a flote. Para evitar a los guardacostas,

el capitán eligió una zona rocosa de difícil acceso para atracar e hizo una maniobra peligrosa que provocó la caída al agua de la mujer embarazada. No sabía nadar. Un hombre saltó de la barca y la ayudó a subir mientras nosotros trepábamos por las rocas hasta la carretera donde los transeúntes llamaron a la Cruz Roja.

Era el 19 de octubre de 2017, estábamos en Europa.



CEUTA, ESPAÑA

Llegaron periodistas y nos grabaron. Unos minutos después, la Cruz Roja se hizo cargo de nosotros y la Guardia Civil, cuyos uniformes reconocí por un vídeo de Facebook, nos mandó quedarnos quietos. Por sus gestos entendí que nos preguntaban en español: “¿Quién es el piloto? ¿Cuántos sois? ¿Cuántas mujeres hay? ¿Alguna está embarazada? Como no respondíamos, la Cruz Roja empezó a contarnos y nos dio mantas, ropa, galletas y agua. Me preguntaron en un francés aproximativo mi apellido, mi nombre, mi país de origen y mi fecha de nacimiento. Estaba agotado, no entendía lo que me pasaba ni lo que me decían. Se llevaron a la mujer embarazada, luego a las otras dos mujeres y después a nosotros, los hombres. Recuerdo que dije algunas cosas. Anotaron lo que dije en un papel. Pensé que nos iban a llevar a la cárcel. Los miembros de la Cruz Roja que habían terminado su jornada se marcharon y los que tomaron el relevo nos llevaron en coche a la comisaría. Debía de ser medianoche. Allí entregamos el papel de la Cruz Roja. Los policías introdujeron la información en un ordenador e imprimieron otro papel que también nos entregaron. Me di cuenta de que pensaban que yo era menor de edad. Éramos tres en esa situación. Tuvimos que corregirlo, empezar de nuevo y volver a imprimir el papel. Los otros compañeros de travesía ya se habían marchado. Los guardias nos dijeron secamente, en español y con gestos, que nos fuéramos a otro lugar. Salimos de la comisaría. Yo seguía sin entender qué me estaba pasando ni cual era mi destino. Nos cruzamos con un civil y mi amigo le preguntó algo en inglés, probablemente adónde íbamos. Subimos a su coche y nos llevó a un centro de acogida. Me lo imaginaba como un lugar agradable, como las fotos que había visto en Internet.

Pero no lo era. Vi vallas y alambradas, parecía una prisión. Las personas que vivían dentro se agarraban a las rejas y gritaban “¡Boza! Boza!”². Me asusté, pensé que estaban locos y querían pegarnos, pero me di cuenta de que no era así. Pasamos por delante del edificio que más tarde supe que era el CETI³.

Las personas retenidas en el centro están al corriente de las nuevas llegadas a través de las redes sociales y es una gran alegría para ellas, porque implica que otras lo abandonan. Había gente como yo y eso me tranquilizó. Uno de los detenidos nos saludó en francés: “Bienvenidos a Ceuta, hermanos”. Mis amigos estaban relajados, habíamos llegado y creíamos que ya había pasado lo peor. Los guardias nos pidieron la documentación proporcionada por la policía, para conducirnos después a la sala de protocolo, donde nos explicaron las normas a observar en el centro. Luego nos enseñaron el dormitorio colectivo: una habitación grande con unas treinta literas alineadas bajo una luz eléctrica. El equipamiento consistía en una bolsa grande con una toalla, zapatillas, una manta y champú y como uniforme un “jogging” azul claro y una sudadera. Nos duchamos y quedamos a la espera de que nos asignaran una litera.

En el dormitorio, medio lleno, había todo tipo de nacionalidades: gente de África, India, Bangladesh, Siria, Pakistán, etc. Uno de mis amigos de la travesía se encontró con varias personas que conocía de Marruecos. Se alegraron mucho de volver a verse, se prestaron teléfonos y pudieron llamar a sus familias. Yo no conocía a nadie. Pensaba en mi amigo que murió en Marruecos; ojalá hubiera podido estar allí con no-

² Alocución, generalmente de júbilo, utilizada por las personas migrantes para expresar el hecho de haber conseguido cruzar una frontera.

³ Centro de Estancia Temporal de Inmigrantes, más información en el glosario en anexo.

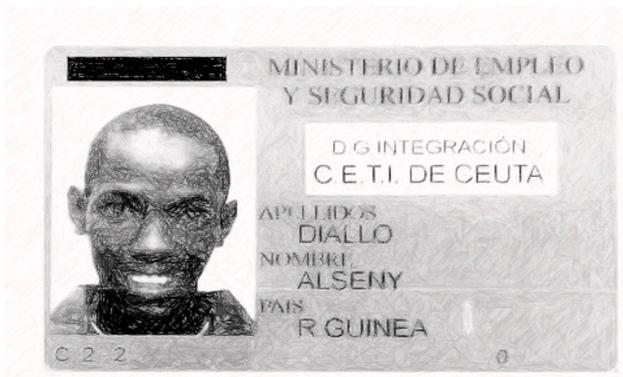
sotros. Me fui a la cama agotado, feliz y abatido al mismo tiempo.



Dormitorio del CETI

Al día siguiente, un amigo me consiguió un teléfono para poder llamar a mi madre. Contestó mi hermano. Le dije que había conseguido entrar en España y que no había nada de qué preocuparse, que estaba bien; le pedí que se lo dijera a nuestra madre. Colgué el teléfono y sentí que unas lágrimas de alegría corrían por mis mejillas. A estas alturas del viaje, yo aún estaba emocionado por mi llegada a Europa y no tenía ni idea de lo que me esperaba.

Tres días después los guardias nos informaron de que al día siguiente tendríamos una cita temprano en comisaría. Algunos "veteranos" nos anticiparon lo que iba a ocurrir. Salimos a pie, los 17 que habíamos cruzado juntos, guiados por otros compañeros del centro, sin ninguna otra supervisión. En comisaría nos dividieron, llevándose a un primer grupo de 8 personas y luego al nuestro. Nos reclamaron la identificación policial que nos habían hecho al llegar y volvieron a pedirnos que declarásemos nuestra identidad. Nos tomaron las huellas dactilares, nos fotografiaron y nos dieron unas pequeñas tarjetas verdes de plástico, que nos permitirían entrar y salir del CETI. Al terminar volvimos de nuevo al centro.



Tarjeta identificativa del CETI

Unos días más tarde nos alojaron en dormitorios para diez personas. Todos estaban muy llenos, con cinco literas a cada lado. Con los compañeros de la travesía coincidíamos de vez en cuando. La vida en el CETI está muy reglamentada. El día empezaba a las 8.30 y después de la inspección de las habitaciones teníamos que hacer cola para el desayuno (pan, café o té, queso, a veces mermelada) que se servía hasta las 9.30. La comida, con horario de 1 a 2 del mediodía, suponía a veces tener que guardar cola durante 30 minutos. Lo ajustado del tiempo y el hecho de que no había cantidad suficiente para todos suponía que algunos internos pudiesen quedarse sin comer nada hasta la cena. Los alimentos eran además de mala calidad.

Yo había pensado que una vez en Europa no pasaría hambre; me equivocaba. Aparte de la comida, el CETI disponía de numerosas cámaras de vigilancia por rayos infrarrojos que detectaban, seguían y grababan todos los movimientos, y ello en todos los lugares: zonas comunes, campo de fútbol, gimnasio... En el centro reinaba el racismo, tanto entre los propios detenidos como entre los guardias, en su mayoría ceutíes de origen marroquí, que en los conflictos o robos entre detenidos árabes y negros tomaban partido injustamente a favor de los primeros. Los negros no teníamos derecho a hablar, a explicarnos, a que personas o imágenes testificaran a nuestro favor en situaciones problemáticas.

Después de dos semanas en el CETI estaba cansado de los incesantes problemas. Esperaba poder salir pronto, sobre todo porque había leído que la estancia máxima era de 3 meses. Acabé quedándome algo más de 10, de los cuales durante los 3 primeros no hice otra cosa sino esperar.

Se nos permitía acudir al centro de la ciudad de Ceuta entre las 8 de la mañana y las 11 de la noche. Vi que un compañero de habitación iba a estudiar todos los días, así que le pregunté si podía ir con él y matricularme. Así descubrí la asociación Elín⁴, donde empecé a estudiar español de lunes a viernes todas las tardes. Poco a poco aprendí el vocabulario y las conjugaciones. Mi profesora Teodora, a la que siempre llamábamos Teo, era fantástica. Mi amigo me dijo que había también clases de español por las mañanas de lunes a viernes. Eran en el centro San Antonio⁵, en el que también me apunté. Para ir caminaba más de 10 kilómetros al día, lo que me permitió descubrir la ciudad. La profesora se llamaba Maite Pérez. Me ayudó mucho. Con ella comencé a conocer las costumbres y la geografía españolas, y salí de excursión por Ceuta. Maite me trataba como a su propio hijo. Otros voluntarios venidos desde la península visitaban regularmente los dos centros para organizar clases de informática, actividades deportivas y otros talleres. Un día, el centro San Antonio acogió a una profesora de cine, Irene Gutiérrez, que nos enseñó los fundamentos de la producción cinematográfica y con la que realizamos un cortometraje que luego se proyectó en un cine de Madrid. Gracias a todo esto pude crear una rutina de estudiante y escapar del vacío y de la locura.

Un sábado salí a pasear por la playa donde había gente tomando el sol. Me senté junto a ellos, mirando el mar y pensando. Un chico se dirigió a mí. Me preguntó mi procedencia y por qué estaba tan solo. Le dije que era africano y que estaba en la playa buscando un momento de tranquilidad. Me preguntó si podía contarle un poco lo que pasaba en África, las razones por las que la gente emigraba y venía aquí.

⁴ Elín, Encuentros sin Fronteras : <https://www.asociacionelin.com/>

⁵ Centro de Atención a Inmigrantes San Antonio.

No respondí a su pregunta, preferí averiguar primero qué sabía sobre África. Contestó: "África es un continente muy rico donde viven los negros. Son pobres porque fueron colonizados por los europeos. Por eso vienen a Europa", a lo que le contesté que la causa de la migración no era sólo la colonización. Continué: "África es en verdad muy rica, pero la abundancia de sus recursos naturales está alimentando las guerras dentro del continente, causando pobreza extrema, hambruna, despoblación, migración y muerte. Seguramente te preguntarás cómo un continente puede ser tan rico y tan pobre al mismo tiempo. Una de las razones es que Europa explota los recursos africanos en condiciones inhumanas. A todos nos gusta poseer muchas cosas: teléfonos, ordenadores, coches, aviones, barcos, etcétera. Todos esos objetos contienen materiales que han sido extraídos de minas africanas. Europa también los utiliza para fabricar armas que vende a países en guerra, sobre todo en África, provocando más violencia y muerte. Los dirigentes occidentales consiguen así empobrecer a la población y saquear los recursos de nuestros suelos. No sabemos cuántas familias o países son víctimas de estas guerras. Nada de esto se dice en ninguna parte, los medios de comunicación lo ocultan. Hacer la vista gorda ante las tragedias que acontecen en nuestro entorno equivale a ser cómplices de las mismas. Es una vergüenza para nuestra humanidad común. África necesita desesperadamente la paz. Pero ésta no puede lograrse con mentiras, falsos pretextos y corrupción. Debemos tener el valor de decir la verdad si queremos alcanzar la paz y la justicia".

Cuando terminé de hablar parecía conmovido. Dos de sus acompañantes se unieron a nosotros. Le preguntaron por qué estaba tan emocionado. Les dijo: "Las apariencias engañan". No podía esperar que un joven "inmigrante" le dijera eso.

Añadí que muchos de nosotros habíamos estudiado hasta la universidad, que muchos tenían un máster o un doctorado y que los que no habían tenido la oportunidad de estudiar, habían aprendido un oficio. Pero hay muchas razones por las que lo dejamos todo, como la falta de trabajo, de salarios decentes, de oportunidades y, a veces, la violencia dentro de la misma familia. Seguí diciendo que tenemos que mirar la migración desde otro ángulo. No sólo a través de los ojos de los políticos y los medios de comunicación. Tenemos que fijarnos en las condiciones en las que emigramos, en las familias que dejamos atrás, en los riesgos que corremos. Y concluí: “Es un gran sufrimiento, una pesadilla para quienes se quedan esperando, al otro lado del mar, noticias de sus hijos, hermanos, hermanas, amigos, que a veces mueren en el intento”.

Pasaron los meses. El 25 de julio de 2018 casi 600 personas saltaron las vallas de Ceuta. Ya éramos 1.000 dentro del CETI. No había más plazas en los dormitorios. Se instalaron campamentos improvisados por refuerzos militares en el campo de fútbol y un hipódromo cercano. Pensé que sería mi último día en aquel lugar. Habían transcurrido 9 meses largos pero acabé quedándome uno más. Finalmente, el 22 de agosto me comunicaron que formaba parte de un grupo de 20 internos que serían liberados al día siguiente. Ese mismo día, fiesta musulmana de *Tabaski*, fui testigo de una nueva llegada: 116 personas cruzaron la barrera de Ceuta. Eran las 9.15 de la mañana cuando me dirigía a la zona de oración improvisada en un gigantesco campo de entrenamiento militar al aire libre. El imán empezó a predicar, y unos minutos después vi a lo lejos un grupo de personas corriendo, seguidas por policía, Cruz Roja y periodistas.



Llegada de 600 migrantes al CETI, 25 de julio de 2018

Una vez terminada la celebración, me dirigí al centro de San Antonio para despedirme de mis amigos españoles. A las 9.50 de la mañana oí gritos de “¡Boza! ¡Boza!”. Todos corrimos a la puerta y entonces vimos a un segundo grupo de personas con la ropa desgarrada y heridas graves en los pies, las manos y el estómago; algunos incluso tenían dificultades para caminar. No lo podía creer porque unas semanas antes se había producido un salto masivo de 600 personas y no se esperaba otro tan pronto. Pregunté a uno de los recién llegados cuántos eran, cuántos habían conseguido cruzar la valla. Me dijo que eran un grupo bastante grande. Me preguntó si sabía dónde estaba el CETI y si podía acompañarles. La fiesta seguía en San Antonio pero no podía dejarles ir solos porque sabía lo confusos que estaban, yo mismo había pasado por la misma situación. Había rastros de sangre en la carretera, ropa y zapatos tirados en la calle.

En el CETI, como ocurre cada vez que hay un salto de la valla, todo el mundo estaba contento. Había mucha alegría; algunos lloraban, otros bailaban. Los que acaban de llegar están eufóricos porque han podido salir de los bosques marroquíes y pisan, por fin, territorio europeo; y los confinados también porque nuevas entradas significan salidas, y ello les acerca a poder cruzar el Estrecho y llegar a la península o a otros países europeos. Entre los que han conseguido saltar, a veces hay un hermano, una hermana, un compañero de viaje. El ambiente contrasta con la monotonía habitual. Los “veteranos” nos encontramos encerrados en el CETI, sin poder salir, con nuestras tarjetas desactivadas. Los recién llegados esperan a ser acogidos entre la alambrada y la entrada del edificio. En esta ocasión, la euforia se mezcló con la urgencia médica: la mayoría de los recién llegados estaban heridos, algunos de gravedad. La Cruz Roja les proporcionó atención

primaria, tratando primero a los más graves y luego a los que presentaban heridas superficiales. Había poco personal, así que algunos empezamos a ayudar: prestamos o sustituimos ropa, curamos heridas, dimos comida. La policía y los guardias del CETI mantenían el orden utilizando sus porras.



Salida de Ceuta, 22 de agosto de 2018

Esta última llegada precipitó mi marcha y dio lugar a nuevos anuncios de liberaciones. De un grupo de 20, pasamos a un centenar. Yo estaba muy contento y aún más cuando me enteré de que otros amigos iban a seguirme. A las 6 de la tarde me preparé para ir al puerto de Ceuta para embarcar en el ferry que cruzaría el Estrecho. Fuimos allí con una gran alegría, pero enseguida me invadió un sentimiento agrídulce porque

dejaba atrás a buenos amigos que tendrían que esperar su turno. También echaría de menos a mis profesores, pero no tenía otra opción, debía seguir adelante. No era una despedida definitiva, sólo un “hasta pronto”.

CÁDIZ, ESPAÑA

Media hora después de salir, ya en Algeciras, recibí un mensaje de un amigo del CETI que me decía: “Hay mucha policía aquí. Han encerrado a los recién llegados en el comedor y no dejan entrar a nadie”. Esta era una situación sin precedentes y empecé a preocuparme. En los 10 meses que llevaba allí, la policía nunca había actuado así, ¿por qué ahora? ¿Qué había hecho esta gente para que la trataran así? Desembarcamos en el puerto algecireño y nos dirigimos a un aparcamiento donde nos dividieron en varios grupos pequeños. Cada grupo esperó a que llegara el representante de la asociación que le correspondía. Acabamos subiendo a un autobús y nos dirigimos a Jerez de la Frontera, una ciudad de la provincia de Cádiz, mi primer destino en la península. Estuve preocupado durante todo el camino, pensando en lo que les pasaría a los que se habían quedado en Ceuta. Temía que la situación acabara mal para ellos.

Llegamos a Jerez sobre las 9 de la noche y nos recibieron amablemente en una casa de acogida donde ya había otras 4 personas. Me encontré con el amigo que había salvado a la mujer embarazada el día de la travesía y me alegré mucho. Le habían liberado dos semanas antes que a mí y tenía que salir al día siguiente. Un miembro de la ONG Acce⁶ que estaba de guardia esa noche nos enseñó nuestras habitaciones, nos explicó las normas de vida y nos informó de que sólo podíamos quedarnos dos semanas. Nos dio ropa y cenamos. Me fui a la cama, cansado y todavía preocupado.

Cuando me levanté a la mañana siguiente, 23 de agosto - recuerdo que eran las 10 o las 11 porque hacía mucho tiempo

⁶ Asociación Comisión Católica Española de Migraciones.

que no había dormido tanto - abrí Twitter y descubrí la noticia: los migrantes que habían cruzado la valla de Ceuta el 22 de agosto habían sido devueltos a Marruecos en virtud de un acuerdo firmado con España en 1992⁷. Muchos fueron deportados a su país de origen. Era horrible, me sentí muy mal, sobre todo porque no podía hacer nada. No podía creerlo, se me encogía el corazón al pensar en todo el sufrimiento que habían tenido que soportar para llegar hasta allí y lo injusto que era todo. Algunas de las personas devueltas a sus países habían sufrido, vagabundado, vivido la experiencia de ver morir ante sus propios ojos a sus amigos, conocidos y hermanos mientras intentaban llegar a Europa. Volví a pensar en la dificultad de cruzar la valla, en la interminable espera durante la cual no sabemos cuánto durará el confinamiento, en las heridas y traumas, en todos estos acontecimientos que nos sumen en un estado de gran angustia psicológica. Acabamos luchando contra la locura. Todo para nada.

Pasé una semana en la casa de acogida de Jerez de la Frontera, conocí a los responsables y les conté un poco mi historia y mis objetivos. Me motivaron diciéndome que con valor y esfuerzo lo conseguiría. En ese momento creí en ello. El día antes de irnos, los miembros de la ONG nos preguntaron si queríamos quedarnos en España o marcharnos a otro país. Los que eligieron irse recibieron dinero en efectivo y la asociación les compró un billete hasta la frontera española. A los que optaron por quedarse, como fue mi caso, los enviaron en autobús o tren a otras ciudades del país donde había centros de acogida gestionados por Accem. Mi deseo había sido entrar en Europa y como empezaba a dominar el español, decidí quedarme, sobre todo porque unos días antes supe que el cortometraje que había realizado en Ceuta se iba a

⁷ Ver "El Gobierno desempolva un convenio de hace 26 años para expulsar a 116 migrantes", diario El País de 24 de agosto de 2018.

proyectar en Madrid. Al enterarme de que Sevilla sería mi próximo destino, mencioné la próxima proyección y la ONG aceptó trasladarme a Madrid junto con Thierno, un conocido del CETI que terminaría siendo un buen amigo.

Al contarle a una de las responsables de la ONG que mi sueño era ser periodista, me animó a escribir un testimonio para ellos. Me sentí muy feliz y orgulloso del resultado. También asumí el papel de intérprete entre los migrantes que no hablaban español y los miembros de la ONG, lo que me valió una agradable sorpresa el día de mi partida: los miembros de la asociación habían impreso mi testimonio y lo habían colgado en la pared de la casa. Cuando subí al tren, me invadió la alegría pero también una sensación de extrañeza. Para alguien que había venido de Guinea por mar, después de haber estado encerrado en el CETI, después del hambre, el frío, el cansancio, el insomnio, la soledad, los problemas psicológicos, etc., la perspectiva de coger el tren de alta velocidad AVE para ir a una gran capital, cuyo mero nombre me hacía sentirme como en un sueño, tenía algo de irreal.



Primer viaje en tren AVE

MADRID, ESPAÑA

Salimos por la mañana y llegamos a la estación de Madrid-Chamartín a media tarde. Dos trabajadoras de Accem, una de Guinea Ecuatorial y otra de Rumanía, nos recogieron y acompañaron a nuestro nuevo hogar. Allí ya vivían otras cuatro personas migrantes. El personal nos explicó las normas de la casa antes de ducharnos y comer. Al final del día me reuní con una amiga española que había conocido en Ceuta. Formaba parte de un grupo de voluntarios que habían venido a visitarnos al centro donde yo recibía clases de español. Dimos un paseo y cogí el metro con ella por primera vez.

Al día siguiente, Thierno y yo tuvimos que ir a las oficinas de Accem a presentarnos. Nos recibieron los trabajadores sociales y conocimos también al director que nos leyó el reglamento de acogida del piso y nos dijo que la duración máxima de la estancia era de 3 meses, pasados los cuales tendríamos que marcharnos y buscar nuestro propio alojamiento. Eran las normas del centro y no se podían cambiar. Pensé que 3 meses no eran nada y empecé a sentir pánico, anticipando el final de ese periodo y preguntándome cómo sería la vida después. Ingenuamente había creído que todo el sufrimiento soportado en el pasado había terminado y que ahora, ya en la capital de España, podría cumplir mis sueños fácilmente en un entorno estable. Empecé a dudar de muchas cosas, sobre todo porque no tenía familia ni conocidos que pudieran apoyarme. Me di cuenta de que no estaba fuera de peligro y de que no iba a ser una lucha fácil. Volvimos a casa y pensé que aún tenía tiempo para encontrar una solución. Adaptarme no parecía un problema ya que dominaba el idioma, empezaba a conocer las particularidades del país, había hecho amigos y estaba allí para estudiar; me dije que al final todo saldría bien.

La proyección del cortometraje⁸ iba a tener lugar 3 días después y sabía que vendría mucha gente. Estaba muy nervioso y esperaba que la película me diera visibilidad suficiente como para encontrar fácilmente alojamiento después. Tenía la impresión de que era mi vía de escape.



El equipo del cortometraje "La vida del inmigrante"

El día de la proyección fuimos con Irene (la profesora de cine) a recoger a uno de los codirectores en la estación de autobuses (los otros dos no pudieron venir). Los dos grupos de voluntarios cristianos que conocimos en Ceuta asistieron a la proyección. Estábamos muy contentos de volver a vernos después de dos meses. Llegaron con sus padres, cosa que no esperaba. Estaba muy nervioso. Hablamos de todo y de nada. Me sentí incómodo al ver nuestra película en la gran

⁸ Cortometraje "La vida del inmigrante". Disponible en Vimeo: <https://vimeo.com/282930646>

pantalla por primera vez: era dura, ruidosa, filmada con teléfonos móviles. Me preocupaba la reacción de la gente. Al final, el público nos hizo preguntas sobre la travesía, sobre nuestra experiencia; las respondí, me escucharon, pero tuve la sensación de que no me entendían. Salimos de la sala charlando. Uno de mis amigos me dio su número de teléfono. Todos me dijeron que les llamara en caso de necesidad, lo que me dio esperanzas dada mi situación.



En la escuela de cocina

Esa misma semana encontré una escuela que aceptaba estudiantes migrantes. Durante mi entrevista con la directora detallamos mi historial educativo; insistí mucho en que estaba profundamente interesado en estudiar. Hice las pruebas de lengua y aprobé. Sabía que probablemente tendría que volver a empezar los estudios en un nivel inferior al de mi país

de origen (inicio de estudios universitarios), pero me denegaron el acceso a las clases de nivel de la ESO y me ofrecieron formación profesional, lo que me decepcionó mucho. Podía elegir entre peluquería, jardinería o cocina. Nada me convenía pero, si no quería volverme loco, algo tenía que estudiar, así que elegí cocina.

Me integré muy bien en la escuela. Mis compañeros no sabían que era inmigrante, siempre me presentaba limpio y bien vestido; hablaba español con fluidez y por eso nadie se fijaba en mí, ni me preguntaban cómo vivía o con quién. Protegía mi dignidad.

Así pasaban los días, las semanas. Intercambiaba mensajes con algunos de mis amigos de los grupos de voluntarios cristianos, pero poco a poco sus tiempos de respuesta se fueron alargando, hasta que dejaron de ponerse en contacto conmigo. Me hice muchas preguntas: ¿por qué tanta demora? ¿por qué ninguna respuesta? ¿por qué el silencio? Un día, un miembro del grupo me escribió y me preguntó si seguía viviendo en Madrid. Le dije que sí, pero le precisé que tendría que dejar la casa en la que me alojaba unos días más tarde. Me preguntó adónde pensaba ir. Le dije que no lo sabía y lo único que me respondió fue "buena suerte". Me quedé de piedra y decidí no esperar nada más de esa gente. Empezaba a valorar la posibilidad de irme a Francia. Estaba muy preocupado, todas las noches llamaba a mis amigos africanos que vivían en España, pero nadie podía ayudarme porque estaban en la misma situación que yo. Una persona sin medios económicos no puede ayudar a otra a salir adelante. Era noviembre, se acercaba el día de mi partida del piso de Accem y seguía sin tener donde ir. Hacía mucho frío en Madrid y no soportaba la idea de tener que dormir fuera. Sabía que unos

conocidos en Francia podrían alojarme, así que la víspera de mi salida de la casa de acogida decidí irme allí. Esa misma tarde la directora de la ONG me llamó y me preguntó si había encontrado un sitio donde ir. Le dije que no, pero que no se preocupara, que lo encontraría. Colgó el teléfono.

Al día siguiente, cogí el metro para dar un último paseo por el centro. Después de algunas paradas, me encontré con Teo, mi profesora de Ceuta. No me reconoció en un principio. Empezamos a hablar y por fin se acordó de mí. Le dije que me iba a Francia. Me preguntó por qué. No podía mentir, no sé hacerlo, así que le dije que no tenía un sitio dónde dormir. Me dijo que no era posible, que era una lástima, que iba a encontrar una solución. Me dijo que si hubiera habido un sitio en su casa, me habría acogido, pero que su casa era demasiado pequeña. Llamó a una de sus amigas y le explicó la situación. Esta amiga le dijo que no estaba en casa, pero sí su marido, y que iba a llamarle para decirle que me acogiese. Cuando terminaron de hablar, Teo me dio la dirección y el número de teléfono. Llamé al marido, que me dijo que podía ir a verle enseguida. Me encontré con un hombre amable y acogedor al que le impresionó que hablara español. Se interesó por mi historia y me preguntó de dónde venía y cuánto tiempo llevaba en España. Cuando supo que era guineano, me dijo que una de las otras dos personas que la familia acogía también lo era. Me preguntó si podría quedarme una noche más en la casa de Accem para preparar mejor mi llegada, pero que si no era posible me acogerían inmediatamente. En la casa de acogida accedieron a que me quedase una noche más.

Mi nueva familia me impresionó favorablemente, pensé que todo iba a ir bien. Al principio, no participaba mucho en la vida en común por timidez y por no estar acostumbrado a

este tipo de confort y convivencia familiar. Además estaba muy ocupado ya que todos los días de 3 de la tarde a 9 de la noche seguía formándome como cocinero. Poco a poco hice amistad con los demás residentes y empecé a comprender lo que la familia de acogida esperaba de nosotros. Había toda una serie de normas insidiosas que debíamos respetar. En cierto modo nos consideraban sirvientes. A veces, después de esperar a que pusiéramos la mesa para todos, nos decían que la cena no sería en la casa en la que estábamos sino en la otra (la familia tenía dos chalets colindantes); teníamos que empezar de nuevo. Abandonaban los platos sucios en cualquier sitio o incluso los manchaban a propósito para que los laváramos. Esperaban que nos ocupáramos de las tareas domésticas y del desorden que dejaban sus niños. Nos prohibían hablar francés, nuestra lengua materna. No me lo podía creer: en Europa me prohibían hablar una lengua europea.

Una noche, me harté. Había puesto la mesa y la mujer me pidió una vez más que la trasladara a la otra casa. Lo dejé todo y dije que no tenía ganas de cenar. Volví a mi habitación. Más tarde tuve hambre, así que bajé a la cocina a calentarme algo. La mujer, que me había estado vigilando, entró y me dijo que no podía hacer eso, que ya había dicho que no comería. Me quitó el plato de las manos y tiró la comida a la basura. Lo increíble es que esta mujer era abogada y trabajaba en el Ayuntamiento de Madrid. La pareja nos insultaba delante de sus hijos, no nos respetaban en absoluto. También maltrataban a su hijo adoptivo, un niño asiático de 5 años. No le compraban zapatos ni ropa, mientras que su hija biológica era una mimada que hablaba mal a todo el mundo. Cuando vi todas estas desigualdades y la discriminación del niño adoptado, me di cuenta de que las cosas no iban a mejorar para mí. A fuerza de aguantar el maltrato, acabé hundiéndome moralmente.

En cuanto al dinero, después de una asignación inicial para ropa y teléfono, la mensual era de 200 euros, algo menos que el resto de los "acogidos". Al llegar la Navidad nos encargaron la venta de objetos reciclados en el mercado de la Plaza Mayor, haciéndonos creer que los beneficios serían nuestro sueldo mensual. Durante los 3 o 4 días que duró la exposición recaudamos menos de 30 euros. La gente se interesaba pero no compraba. En ese momento empecé a comprender que todo lo que el matrimonio me había contado sobre el funcionamiento interno era falso, que no estaba en una familia de acogida voluntaria cualquiera. Me di cuenta de que se presentaban públicamente como benefactores y defensores de los derechos humanos, pero que bajo esa imagen se escondían actos cotidianos de abuso. Simplemente esperaba que me trataran con respeto y dignidad y en realidad me estaban explotando.

La pareja también nos mentía sobre el origen del dinero que nos daban, haciéndonos creer que era suyo. Descubrí sin embargo que procedía de una asociación llamada "Apoyo"⁹. Me quedé muy sorprendido y angustiado, sin embargo todo tenía sentido: los dos chalés, las salidas que siempre eran en grupo, la participación en actos y conferencias, las publicaciones en Internet, las entrevistas que teníamos que conceder. Me sentí decepcionado, asqueado e indignado. Decidí que no me dejaría engañar más. Los demás residentes siguieron mi ejemplo. Dejamos de someternos a sus exigencias y en respuesta ellos suspendieron el pago del dinero mensual. Aquel mes iba a enviar mi parte a mi madre, pero no recibí nada.

En todas partes y estratos de la sociedad, esta clase de personas engaña a los migrantes que no tienen capacidad para

⁹ Más información en el glosario en anexo.

denunciarlos porque no tienen voz, porque nadie les creería. Estos falsos héroes forman una barrera entre nosotros y la sociedad; en cierto modo nos hacemos dependientes de ellos. Por eso algunos aceptamos sus abusos y hacemos la vista gorda. Nos dominan con su poder, administrando todos los aspectos de nuestra vida. A veces son responsables de asociaciones, gestores de viviendas, beneficiarios de subvenciones. Estas personas supuestamente solidarias pueden ser nuestros primeros enemigos, nuestros verdugos. Es una situación invisible y las víctimas no tienen a nadie que las comprenda, que las defienda, porque para nosotros lo prioritario es tener un lugar donde vivir y comer. El trato que recibimos es secundario. Nuestro sufrimiento mental no cuenta, no se puede entender.

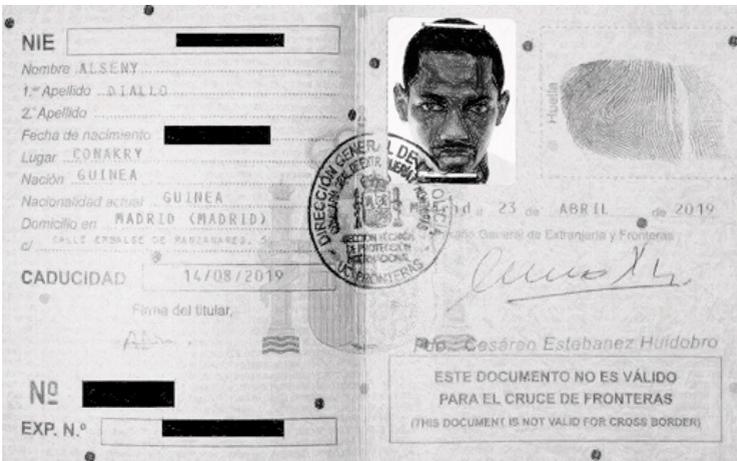
Tras sólo 7 meses de estancia en Madrid ya no soportaba vivir con la familia que me acogía. Para poder irme decidí solicitar asilo pero no tenía ninguna información sobre el procedimiento. Hablé con el responsable de la casa que me recomendó una abogada. Me enteré, demasiado tarde, de que ella también era miembro de la asociación. La llamé y me dio cita en su despacho. Empezó preguntándome por qué pedía asilo cuando vivía con una familia de acogida. Le conté los problemas que tenía en la casa, las violaciones de mis derechos, todo lo que me había llevado a querer vivir por mi cuenta. Me dijo que pidiera cita en la oficina de asilo para presentar la primera solicitud. Conseguí una cita dos semanas después. La llamé para ponerla al día, pero no lo cogió. Le envié una captura de pantalla de la información de la cita por WhatsApp; la vio pero no me contestó. Pensé que estaría ocupada. Unos días después me escribió diciéndome que la llamara el día antes de la cita.

El día en cuestión, después de llamarla, acudí a su despacho. Debería haberme preparado mejor para la entrevista, pero me dio instrucciones que se convirtieron en una trampa. A la pregunta "¿Tiene usted alojamiento?" me dijo que respondiera que sí; a la pregunta "¿Le gustaría traer a su familia aquí?", una pregunta que de hecho no me hicieron, me dijo que respondiera que no; a la pregunta "¿Por qué abandonó su país?" me dijo que respondiera que mis tíos habían robado la herencia de mi padre. En aquel momento yo no sabía nada sobre el asilo. No sabía, por ejemplo, que una persona que está acogida por una familia y solicita asilo no tiene derecho a alojamiento ni a prestaciones. O que a una persona que no corre peligro de ser perseguida por las autoridades de su propio país no se le concede asilo. Tampoco sabía que si me lo otorgaban nunca podría volver a mi país. O que si me tomaban las huellas dactilares en España al solicitarlo y rechazaban mi solicitud, no podría volver a solicitar asilo en otro país de la Unión europea. Una solicitud rechazada equivale a la obligación de abandonar el país en cuestión, pero si solicitas asilo en otro lugar te vas a encontrar "dublinado"¹⁰, lo que equivale a que te devuelvan al país donde lo pediste por primera vez. Mi ignorancia me hizo depender de lo que esta mujer me decía. Era una abogada que supuestamente defendía a los inmigrantes; así que pensé erróneamente que tenerla de mi lado era una suerte.

La entrevista de asilo tuvo lugar en una comisaría de policía y fue muy rápida. Di exactamente las respuestas que ella me había dictado, intuyendo al verbalizarlas que no me permitirían obtener una respuesta favorable. Después de la entrevista, los policías me dieron mi tarjeta de solicitante de asilo,

¹⁰ En referencia al Reglamento de la Unión Europea denominado "Dublín" que establece las normas para determinar el estado responsable del examen de una solicitud de asilo.

que tenía que renovar cada 6 meses, y una transcripción de la entrevista que envié a la abogada por mensaje. No contestó. Dos semanas después, la volví a llamar para saber qué pensaba: tampoco respondió. Tres meses más tarde, la contacté de nuevo con el pretexto de una pregunta sobre la renovación de mi tarjeta de solicitante, siguió sin contestar. Amargado y hastiado de no obtener respuesta, le dejé un mensaje. Estaba harto así que me despedí. El día de la renovación de la tarjeta, me enteré de que mi solicitud había sido rechazada.



Tarjeta española de solicitud de protección internacional

Pensé en aquel momento que no podría volver a confiar en ciertas personas que se presentan como defensoras de los derechos de los inmigrantes. Pedí el asilo fundamentalmente para poder salir de un entorno donde el maltrato se esconde detrás de unas supuestas buenas intenciones. Esta abogada resultó ser un eslabón más de la cadena. Era admirada, considerada y reconocida en su labor, pero quienes la solicitamos para que nos acompañara sabemos quién es en

realidad. Este tipo de personas acomodadas que gozan de un prestigio social inmerecido, engañan a las personas que declaran defender para reafirmar su autoridad. Y son intocables. He pasado por varios infiernos durante mis experiencias migratorias, pero éste es el que más amargo sabor de boca me ha dejado. Después de la experiencia difícil en Ceuta, me llenó de esperanza empezar a tener trato con personas que nos acogían, que nos hablaban de proporcionarnos comida, apoyo administrativo, apoyo financiero. La imagen que siempre habíamos tenido los africanos de Europa parecía por fin palpable.

Pero en realidad todo es mentira.

Cuando mi solicitud de asilo fue rechazada, recibí una orden de salida del territorio español. Tenía 15 días para interponer recurso, que no presenté porque ignoraba cómo hacerlo. Estaba solo, no tenía a nadie que me guiara por el sistema legal. Esa abogada me destrozó la vida. Después de tanto tiempo acostumbándome a la cultura, aprendiendo el idioma, integrándome, ni una sola vez pensé que algún día me tendría que ir de España. Había tenido la oportunidad de impartir charlas en algunas de las universidades más prestigiosas del país, como la Carlos III o la de Salamanca, había realizado un cortometraje y muchas otras cosas. Ver que esa nueva vida en construcción empezaba a disolverse por culpa de un grupo de gente, me hizo sentir totalmente desanimado. No podía más. Lo único que me hacía seguir adelante, que me hacía sentir mejor, era asistir a la escuela, estudiar, quedar con amigos que no tenían nada que ver con mis problemas y olvidarme de todo durante las clases.

Me propuse denunciar a esa gente que se enriquece a base de mentiras, maldad y abusos. Escribí un correo electrónico y lo envié a asociaciones antiracistas, religiosas y activistas por los derechos de los migrantes. Muchas no me tomaron en serio. Solamente SOS Racismo me respondió y preguntó el nombre de la asociación. Sus voluntarios me creyeron, conocían este tipo de prácticas e incluso quisieron publicar mi carta, pero nunca se llegó a nada, entre otros motivos porque mis compañeros de la casa de acogida, por miedo, me pidieron que no siguiera adelante. Comprendí que no me iban a apoyar y que no testificarían, así que desistí.

Nosotros, los migrantes, no tenemos voz. Necesitamos a otras personas que nos escuchen y defiendan, sin esperar nada a cambio. Transmitir este mensaje es una de las razones por las que escribo este libro, para impedir que se reproduzcan los abusos que padecí y para que las personas que los practican dejen de hablar en nuestro nombre. Recordemos que se supone que los derechos humanos garantizan las condiciones que permiten a las personas vivir en paz, independientemente de su raza, sexo, idioma, clase, religión, opinión política o cualquier otro factor.

Decidí abandonar la casa donde me alojaba. No me respetaban, mi dignidad no significaba nada para ellos, no podía soportarlo más. El problema era que no tenía adónde ir. Llamé a Irene (mi profesora de cine en Ceuta), pensando que sería la única que podría ayudarme y comprenderme. Le conté mi situación y me citó para hablar con ella. Nos encontramos en un café del centro de la ciudad. Me preguntó qué había pasado, se lo expliqué y se sintió muy mal, comentó que iba a ayudarme a denunciarlos, a desenmascararlos. Le dije que lo único que quería era irme de allí.

Aquel día volví a plantearme la posibilidad de abandonar el país. Irene no quería que me fuera, pero tampoco tenía dónde alojarme. El corona-virus estaba llegando a Europa, los casos se multiplicaban en Madrid y se registraban muertes en el sur de la ciudad. La escuela, mi único consuelo, ya había cerrado. Todo parecía bloqueado con patrullas vigilando las salidas de la ciudad. Seguimos hablando y por fin decidí marcharme a Francia. Irene me compró un billete de autobús por Internet, me dio dinero para el viaje, guantes y una capucha para protegerme del frío. Me sentí feliz y agradecido de haber podido hablar con ella antes de tomar una decisión. Cuando nos despedimos le di mis documentos y los diplomas que había obtenido desde que llegué a España para que se los quedara. Me dijo: "Alseny, siempre estarás en buenas manos. Pase lo que pase, eres un luchador, sabes lo que quieres". Le di las gracias por todo y nos despedimos. Fui después a ver a un amigo de la escuela que estaba con otros compañeros y les anuncié que me iba de España. Se quedaron pasmados pero tampoco habrían podido ayudarme. Llevaba allí al menos dos años y dejar el país de forma repentina era doloroso, pero no había otra opción. Me quedé con ellos unas horas y al final me despedí con la esperanza de volver a verlos algún día.

Mi autobús salía de la ciudad a las once y media de la noche. Hice las maletas y me duché. Esperé hasta el último momento para decírselo a la pareja. La mujer estaba en casa debido al confinamiento, pero fue un largo mensaje de WhatsApp el medio elegido para comunicar las razones de mi partida. Me respondió enseguida pidiéndome que pudiéramos hablar. Abrí el mensaje a propósito, quería que supiera que lo había leído. Saludé al niño adoptado que no entendía mi marcha y me preguntó si volvería. Al salir vi a la mujer observándome desde la ventana. Mis amigos de la casa me acompañaron



En el Metro de Madrid

a la estación de autobuses de Méndez-Álvaro. Me despedí de ellos muy emocionado y, como siempre, nos dijimos que como aventureros algún día nos volveríamos a encontrar.

Mi último día en Madrid, la ciudad en la que había proyectado mi vida futura, había sido tan largo como emotivo.

FRONTERA ESPAÑA - FRANCIA

Al día siguiente llegué a San Sebastián a las 9 de la mañana y esperé el autobús de las 3 de la tarde que me llevaría a París vía Irún, la última ciudad española antes de la frontera. Pasé esas largas horas observando la felicidad de la gente: niños con sus padres, familias, parejas que no conocían ni el miedo ni la angustia que yo sentía. Miedo a que me parara la policía y me pidiera la documentación. Temía no poder superar los controles de seguridad. Todo se mezclaba en mi mente y en mi cuerpo: hambre, temor y ansiedad.

Cuando llegamos a la línea fronteriza nos paró la policía francesa para un control rutinario. No me sorprendió: unos amigos que habían llegado antes a Francia ya me habían advertido. Dos policías uniformados entraron en el autobús y pidieron la documentación. Yo tenía mi carné de estudiante que no sólo estaba caducado sino que no coincidía con lo que me pedían. Al principio pensé en esconderme, pero tenían perros que podían olerme. Así que me quedé sentado. Uno de los policías estuvo a punto de aceptar mi carné de estudiante como documento de identidad válido, pero su jefe no lo permitió. Me hicieron bajar del autobús con todo mi equipaje y me preguntaron mi nombre y apellidos, de donde era, por qué quería entrar en Francia... a todas sus preguntas respondí en francés. A continuación llamaron a la policía española y me devolvieron al otro lado de la frontera donde 2 agentes españoles de paisano me esperaban en una caseta junto a la autopista.

Ninguno de los policías hablaba el idioma del otro: ni los españoles hablaban francés, ni los franceses hablaban español.

No me lo podía creer. De inmigrante ilegal pasé rápidamente a traductor. Los policías franceses se fueron y el autobús siguió su trayecto. Sabía que no era el día en que iba a conseguir entrar en Francia, pero aún así me sentía con confianza. Los policías españoles me preguntaron por qué no me quedaba en España ya que hablaba perfectamente el idioma. Les expliqué la situación, pensando que serían comprensivos y que me dejarían irme libre. Sin embargo, me requisaron todo lo que llevaba (maleta, dinero, móvil, cartera, etc.) y me encerraron solo en una pequeña habitación. Unos treinta minutos después, tuve que subir a un coche de policía con destino a la comisaría de Irún, donde estaban registrando a otro grupo de inmigrantes. Tuve que volver a declarar mi identidad. Nos obligaron a quitarnos la ropa, los cinturones y los cordones de los zapatos. Recordé los procedimientos de Ceuta. Me hicieron una foto, me tomaron las huellas dactilares e ingresé en una celda.

Estaba agotado. Después de pasar dos días sin dormir ni comer, necesitaba un lugar donde descansar. Pero no un lugar como la cárcel. En mi celda había otro chico marroquí. Vivía en Francia pero había sido deportado a Marruecos y no había tenido más remedio que volver a cruzar la frontera. Allí le habían detenido dos días antes. Me imaginé atrapado aquí durante varios días cuando una hora ya me parecía insostenible. Dormí un rato y cuando desperté el otro chico seguía allí. Había perdido la noción del tiempo, no sabía ni qué día era. Por fin nos sacaron de las celdas y llamaron a un abogado y a un traductor. Eramos 7 u 8 chicos que también habían intentado cruzar la frontera. Ningún otro hablaba español. Firmamos unas notificaciones para comparecer ante el tribunal dos semanas después, recuperamos nuestras pertenencias y nos dejaron salir. Sabía que era muy probable que ocurriera algo

así, por lo que no tuve miedo.

No conocía nada ni a nadie en Irún. Era marzo, las 5 de la tarde y hacía mucho frío. Tuve que arrastrar mi equipaje. Se hacía de noche y no sabía dónde iba a dormir. Me senté en una plaza. Un hombre me abordó y me preguntó si quería cruzar la frontera. Dijo que sabía cómo hacerlo, que conocía a algunos "pasadores" y que lo único que tenía que hacer era seguirle. Me llevó a un albergue de la Cruz Roja y me dijo que me quedara allí, que tenía que hacer una llamada. Volvió para informarme que alguien llegaría para llevarme en los próximos minutos. Hablamos del precio y de cómo podía ayudarme a negociar. Cuando llegó el "pasador" le pidió que me propusiera un precio, presentándose como su amigo. Le pagué cincuenta euros por llevarme al otro lado de la frontera y mi "amigo" se embolsó una "comisión" de treinta euros. El "pasador" me dijo que estaba loco por llevar tanto equipaje pero lo metió en el maletero de todos modos. Subí atrás. Empezó a conducir como un loco, iba excesivamente rápido. Estaba completamente borracho, no conducía recto y yo me golpeaba con todo. Durante el trayecto me pidió que no dijera nada a la policía si me detenían.

Veinte minutos más tarde bajé apresuradamente delante de la estación de tren de Hendaya, al otro lado de la frontera: el conductor salió pitando, sin duda por miedo a la policía. Pero aún no había conseguido mi objetivo, siempre hay policías patrullando por las zonas fronterizas sobre todo alrededor de las estaciones ferroviarias. Entré para esperar el tren a Bayona que debía llegar una hora más tarde. Sólo pensaba en alejarme de la frontera, estaba nervioso y me sobresaltaba cada vez que oía el ruido de un coche. Unos veinte minutos después de mi llegada aparecieron tres policías en el andén,

entre ellos uno de los que me habían controlado previamente en el autobús. Al principio no me reconoció. Me subieron al coche y, cuando vieron mis datos, su jefe les dijo que yo ya estaba fichado; fue entonces cuando el policía me reconoció.

Me dejaron en un puente en medio de la nada, en la frontera entre los dos países. Estaba prácticamente a oscuras y me moría de frío. Volví a Irún a pie, usando el GPS del móvil para no perderme. Caminé 6 kilómetros y llegué a la misma plaza donde había conocido a la persona que me puso en contacto con el “pasador”. Por suerte había guardado su número y le llamé. Le expliqué lo ocurrido y me dijo que no era el acuerdo que había cerrado con el conductor, que no debía haberme llevado a Hendaya sino a Bayona. Vino a verme y me dijo que buscaría a otro conocido. Como no tenía claro si era de confianza le dije que esta vez sólo pagaría al “pasador”. Aceptó. Lo encontramos en un bar. Nos dijo que iríamos a Bayona por la noche para evitar los controles y que yo tendría que esperar en un albergue de la Cruz Roja. Salimos entre las 10 y las 11 de la noche junto con una mujer y sus dos hijos de Malí.

Llegamos a Bayona 40 minutos más tarde. Estaba agotado pero contento. Había llegado a Francia y tenía donde dormir.

PARIS, FRANCIA

En Bayona el albergue estaba abarrotado. Me sentía seguro porque la policía no podía entrar. Un amigo de España había enviado por un grupo de WhatsApp un vídeo de los militares bloqueando todos los accesos y salidas en Madrid: la ciudad se encerraba a causa del nuevo virus. Pensé en la suerte que había tenido de poder irme justo antes. Si hubiera perdido mi autobús me habría quedado bloqueado. Los voluntarios del albergue de Bayona tomaron nuestros datos y nos dieron comida y un colchón para pasar la noche. Preguntaron quién tenía previsto marcharse al día siguiente. Los que no tenían destino podían quedarse un máximo de dos semanas. Yo ya había comprado mi billete de autobús a París que saldría la noche siguiente. Toda la noche estuve pensando adónde iría una vez allí. Después de todo lo que había vivido, los dos pasos fronterizos, los controles, la cárcel, las caminatas, la pérdida de la noción del tiempo, por fin me dormí.

Al día siguiente pedí un teléfono prestado ya que no tenía tarjeta SIM francesa. Hablé con mi amigo Thierno que se había instalado en París y nos citamos en la estación de Bercy-Seine. Esa noche cogí el autobús y a la mañana siguiente, hacia las 9, llegué a la capital. Thierno vino a recogerme como habíamos acordado, aunque debería haber estado en clase. El gobierno las había cerrado a causa del virus. Mi objetivo era presentar una solicitud de asilo, ya que era la única opción para no tener que dormir en la calle ni molestar a mi amigo. Él no podía alojar a nadie porque la asociación de la que dependía realizaba controles periódicos. Aún así me dijo que podía quedarme con él unas noches para descansar, siempre que estuviera ausente durante el día; se ofreció también a acom-



pañarme para solicitar asilo al día siguiente. Acepté. Era el 16 de marzo de 2020 y Francia iba a estar confinada durante casi 2 meses a partir de esa fecha.

No tuve más remedio que quedarme con Thierno. Cada semana esperaba encontrar soluciones. Seguí los cursos de mi escuela de Madrid por Internet, hice los exámenes a distancia, incluidos los prácticos, y aprobé. Curiosamente, esto fue posible gracias a los confinamientos francés y español. Intentaba contactar todos los días con la oficina de asilo pero el número no parecía funcionar. Intenté también llamar al 115 para buscar alojamiento¹¹ pero no contestaban. Mi amigo me acogió muy bien y su compañero de piso era simpático, pero no pensé que todo se demoraría tanto. Tenía miedo de molestarles, sobre todo al que no conocía. Acabamos haciéndonos amigos. Empezó el mes de Ramadán y nos desconfinaron después del decimoquinto día, el 11 de mayo. Una semana antes, los responsables de la asociación habían anunciado a los residentes que sus oficinas se trasladarían al edificio donde nos alojábamos. Tuve que dejar el piso para que no echaran a mi amigo. Tenía que buscar otro sitio donde quedarme. Vagué por París muy preocupado y angustiado. A veces dormía a la intemperie. Llamaba al 115, pero nunca me proponían alojamiento. También a Thierno que me ayudaba a ponerme en contacto con conocidos que podían alojarme al menos una noche.

Todo cambió durante la pandemia, incluso la forma de solicitar asilo. Thierno me había comprado una tarjeta SIM y solía llamar a amigos que se habían regularizado para saber cómo lo habían conseguido. Pero todos los procedimientos habían

¹¹ El número 115 es un número de urgencia a nivel nacional para las personas que se encuentran sin alojamiento en Francia.

cambiado. Un día fui a la prefectura de Cergy¹² acompañado por la persona que me había alojado aquella noche. El tablón de anuncios informaba que todos los procedimientos se llevaban a cabo a partir de ese momento por vía telemática. Había un solo número operativo, el de la OFII (*Office Français de l'Immigration et de l'Intégration*), para toda la región de Île-de-France, sin distinción. Llamaba todas las mañanas pero la línea estaba siempre ocupada. Nadie contestó durante meses.

Pasaron días, semanas y meses con el estrés y la ansiedad de no saber adónde ir ni dónde dormir. Oscilaba entre momentos en los que estaba realmente preocupado y otros en los que confiaba en que mi situación podría avanzar. Pero no era así. Un día, hacia el final del verano, un amigo me vio paseando por un parque. Me encontró físicamente débil, se preocupó por mi estado de salud y me habló de una asociación, *Comede*¹³, que ayuda a las personas exiliadas en situación vulnerable. Los voluntarios se prestarían a atenderme sin pedirme nada a cambio. Me dijo que tenía una cita próximamente con ellos y que aprovecharía para hablarles de mi situación. Le di las gracias y unos días más tarde fui a sus oficinas en Kremlin-Bicêtre¹⁴. Les conté por todo lo que había pasado y me sentí escuchado, pero al principio, con el trauma de mi experiencia previa en la ONG Apoyo, tenía muchas dudas sobre la sinceridad de las personas con las que trataba. Temía que se aprovecharan de mí, me mintieran y me ignorasen. Pero como necesitaba ayuda me arriesgué de todos modos. Me ayudaron en todo lo que necesitaba en materia de salud. Vi a un médico de cabecera, a un psicólogo y a varios osteópata-

¹² Municipio situado al noroeste de París.

¹³ COMEDE- Comité pour la santé des exilés. Más información en el glosario en anexo.

¹⁴ Municipio situado al sur de París.

tas porque desde que salí de Guinea me dolía la espalda, lo que me afectó mucho durante la travesía. También visité a un oftalmólogo. En los 18 meses que pasé en España desde la salida de Ceuta nunca me habían atendido ni había ido al médico, ni siquiera por una intoxicación alimentaria.

En mi opinión hay un abismo entre la calidad de la acogida entre Francia y España. La asociación Comede también me ayudó a ponerme en contacto con otras organizaciones para buscar un lugar donde dormir o comer. Con la pandemia, las asociaciones estaban en una situación difícil, saturadas. Así que no paraba de llamar a mis amigos para ver si podían alojarme, pero todos estaban ocupados. Algunos estudiaban, otros trabajaban, pero yo no podía estudiar ni trabajar, vivía sin dinero, sin comida adecuada, sin un techo. Estaba muy solo, tenía la sensación de que me había vuelto invisible. Estaba deprimido pero no quería aceptarlo. Alternaba noches en casa de desconocidos con otras en la calle.

Un día, Maite, del centro San Antonio de Ceuta, me contactó por WhatsApp. No habíamos hablado desde que salí de España. Quería saber si había llegado bien, cómo estaba y qué hacía. Al principio no quise decírselo, pero acabé contándole todo desde que llegué, sobre todo que no había tenido un lugar donde vivir desde el final del confinamiento. Me dijo que tuviera paciencia y que iba a ponerse en contacto con una amiga suya que había vivido en Francia. No creí que fuera a cambiar mucho las cosas. Al día siguiente recibí un mensaje en español de Julia, una amiga de la amiga de Maite. Pensé que era española y que vivía en Francia. Me preguntó si estaba en proceso de asilo, si era LGBT. Le dije que no. Quería remitirme al B.A.A.M. (Oficina de acogida y acompañamiento de migrantes), pero para esta organización era

complicado acoger a personas que no estuvieran tramitando el procedimiento de asilo. Julia me dijo que había escrito a unos amigos que vivían en una casa ocupada (yo no sabía lo que era), que hablarían de mi situación y la mantendrían informada. Una semana después, el 21 de agosto, me escribió para disculparse por el tiempo transcurrido y para decirme que había encontrado un piso donde podía alojarme con una amiga suya llamada Pauline. Ese mismo día escribí a Pauline, que me envió la dirección de su piso en Seine Saint-Denis¹⁵. Quedamos al día siguiente a las 8 de la tarde. El piso estaba en obras y aún no completamente habitable, pero Pauline me dijo que, si quería, podía instalarme ya. Para mí era todo un lujo y acepté entusiasmado.

Por fin tenía un lugar donde vivir.

Y ello me permitió empezar a recomponerme mentalmente. Mi rutina diaria consistía en llamadas a la OFII y citas con Comede. El resto del tiempo lo pasaba en el piso, escribiendo. A finales de octubre se declaró el segundo confinamiento. Una mañana hice mis llamadas telefónicas rutinarias y por fin escuche una voz femenina que decía: " Oficina Francesa de la Inmigración y la Integración, buenos días ". No me lo podía creer. La mujer me preguntó el motivo de mi llamada, diferentes datos identificativos (apellidos, nombre, edad, país de origen, número de teléfono, estado civil) y el departamento en que vivía. Durante la conversación, recibí un mensaje de texto diciéndome que tenía una cita dos días después con la asociación Coallia¹⁶, cuyas oficinas están en Aubervilliers¹⁷.

¹⁵ Municipio situado al norte de París.

¹⁶ Asociación que colabora con la OFII y se encarga de guiar a los inmigrantes a través del sistema de vivienda, ayudas y correo. Más información en el glosario en anexo.

¹⁷ Municipio situado al norte de París.

Estaba muy contento, sentía que había dado un gran paso hacia mi futuro.


REPUBLIQUE FRANÇAISE

Guichet unique de Bobigny
13 rue Marguerite-Yourcenar
93000 BOBIGNY

Tel :
Mél :

CONVOCAÇÃO POUR L'ENREGISTREMENT DE LA DEMANDE D'ASILE

Nom : DIALLO
Prénoms : ALHÛSEINE
Né(e) le : 
A : CONAKRY, GUINEE
Nationalité : guinéenne (rép. de guinée)
Adresse :



Chez :
Nombre d'enfants présents : 0 donl : 0 ayant 14 ans et plus

est convoqué(e) au guichet unique asile de la Préfecture le 10 septembre 2020 à 13h30 pour l'enregistrement de la demande d'asile.

Documents à présenter :

- Les indications relatives à son état civil ainsi que, le cas échéant, à celui de son partenaire avec lequel il est lié par une union civile ou de son concubin et à ses enfants à charge ;
- Les documents justifiant qu'il est entré régulièrement en France ou, à défaut, toutes indications portant sur les conditions de son entrée en France et ses itinéraires de voyage à partir de son pays d'origine ;
- Quatre photographies de face, tête nue, de format 3,5 cm x 4,5 cm, récentes et parfaitement ressemblantes ;
- S'il est hébergé par un tiers : une attestation sur l'honneur de l'hébergeant et une photocopie de la pièce d'identité de celui-ci.

Si la personne est déjà titulaire d'un titre de séjour délivré par les autorités françaises et en cours de validité, elle fournit uniquement les photographies et les documents justifiant de l'adresse de domiciliation s'il y a lieu.

A AUBERVILLIERS, le 09/09/2020 délivrée par :
SPA 93

El día de la cita, el personal de Coallia me explicó que simplemente iban a recoger mi información para transmitirla a la prefectura. Recibí un formulario y una convocatoria indicando la hora de una cita, prevista para el día siguiente, en la prefectura de Bobigny¹⁸.

Acudí con el formulario y la convocatoria que presenté en recepción y recibí un número. Cuando llego mi turno, el hombre que me atendió tenía mi tarjeta. Me preguntó si era el Sr. Diallo y contesté afirmativamente. Añadió que iban a tomarme las huellas dactilares y que le confirmase si había entrado por España. Tenía delante el fichero Eurodac¹⁹. Fue entonces cuando comprendí que me estaban “dublinando”. Me irritó esta situación cuyo resultado ya había anticipado y el resto de la entrevista transcurrió mal. Al final, me dio un resguardo y me dijo que fuera a ver a alguien de la OFII. Esta persona empezó explicándome el procedimiento de Dublín y por qué se me aplicaba. Luego me preguntó si tenía alojamiento. Recordé lo ocurrido en España, y como sabía que no recibiría ninguna prestación si decía que sí y además mi presencia en casa de Pauline era en principio temporal, respondí que no. Me dijo que iban a buscarme alojamiento y si aceptaría abandonar la región de París en caso de encontrarme alojamiento en otro lugar. Contesté que sí. Mencionó que iba a recibir una cantidad de dinero al final de cada mes, unos 400 euros porque no tenía alojamiento (para los que lo tienen eran 200 euros) y que mi resguardo me daría derecho a un seguro sanitario de seis meses desde la fecha de inscripción y a un abono de transporte. Me enseñó la fecha de expiración del resguardo. Sólo era válido durante un mes, frente a los seis meses de

¹⁸ Municipio situado al norte de París.

¹⁹ Sistema de información a gran escala que contiene, en particular, las huellas dactilares de las personas que solicitan protección internacional. Más información en el glosario en anexo.

los no “dublinados”. Estábamos a 10 de septiembre, así que tenía validez hasta el 9 de octubre, fecha en que tendría que ir a la prefectura a renovarlo. Todo mi correo lo enviarían a la sede de Coallia y allí podría recogerlo cada miércoles con un número de identificación que me proporcionaron. Recibiría un SMS avisándome cada vez que hubiera una carta para mí: citaciones, documentos informándome de mi situación, etc. Lo último que me dijo fue que no podía salir del país hasta que se hubiera tramitado mi caso.

El 1 de octubre recibí un SMS informándome de la llegada de un correo. La carta que me esperaba en Coallia era una convocatoria para una cita en prefectura el día 7 precisando que durante la misma podría ser ingresado en un centro de retención y ser deportado a España. La idea de que me internaran me daba tanto miedo o más que la de que me deportaran.

Aún así acudí a la cita en la fecha indicada. Entregué a la recepcionista la documentación y esperé. Otros “dublinados” allí presentes se vieron de repente rodeados por policías que los detuvieron. Pensé que algo similar me ocurriría. Fue algo terrible, vertiginoso.

Todo se mezclaba en mi interior: miedo, angustia, arrepentimiento por haber vivido cosas atroces, todo ello sólo para acabar en la cárcel. Me llamó una empleada y la seguí hasta su despacho. Tenía unos documentos delante. Me preguntó si era el Sr. Diallo y le dije que sí. Me preguntó por qué estaba allí y respondí que porque me habían citado. Volvió a explicarme que estaba bajo el procedimiento de Dublín y que tenía dos opciones: recurrir o aceptar marcharme. Opté por recurrir. Me entregó otro documento que me hizo firmar antes de explicarme que tenía 15 días para buscar un aboga-

do y recurrir la orden de expulsión. Además tenía que presentarme en prefectura todos los martes entre la 1 y las 2 de la tarde. No tenía derecho a no ir o a llegar tarde. Una ausencia justificada sería perdonable, pero dos se considerarían como fuga, lo que bloquearía toda tipo de prestación de ayuda.


REPUBLIQUE FRANÇAISE
PREFECTURE DE LA SEINE-SAINT-DENIS

DIRECTION DES MIGRATIONS ET DE L'INTEGRATION
Bureau de l'éloignement et du contentieux

Bobigny, le 21/09/2020

CONVOCATION

N° Etranger [REDACTED]
NOM : DIALLO
PRENOM : Alhousseine
Nationalité : Guinéenne

Objet : Convocation – procédure DUBLIN

Nous vous invitons à vous présenter à la préfecture de la Seine-Saint-Denis
1, esplanade Jean Moulin – 93007 BOBIGNY
Direction des migrations et de l'intégration (Bâtiment René Cassin)

Porte 1B – Guichet 5

Le 07 octobre 2020 à 09h

Lors de cette convocation vous êtes susceptible d'être placé(e) en rétention et reconduit(e) dans le pays européen qui a accepté de vous réadmettre

Muni des ORIGINALS et des PHOTOCOPIES des documents suivants :

- La présente convocation,
- Votre attestation de demande d'asile en cours de validité,
- Le cas échéant, vous devez éventuellement vous présenter muni d'un document d'identité

Préfecture de la Seine-Saint-Denis
Direction des migrations et de l'intégration
Bâtiment René Cassin
1, esplanade Jean Moulin
93007 Bobigny Cedex

B117

Una vez más experimentaba la desigualdad que existe entre los seres humanos. Vivimos en un mundo en el que un trozo de papel vale más que una vida. Sin ese papel, te maltratan, eres ilegal, estás huido, te consideran menos que humano. Es casi imposible que alguien que no lo haya vivido entienda el dolor de los llamados "sin papeles". Acepté porque, como todos los que estamos en esa situación, no tenía elección. A partir de entonces empecé a recibir un subsidio. Me renovaron el resguardo por 4 meses.

Ese mismo día fui a Comede pensando que me explicarían con detalle lo que tenía que hacer y que me ayudarían a recurrir. Una empleada me dijo que no podían hacer nada por mí. Me dio el número de un bufete de abogados. Tuve la impresión de que se estaban deshaciendo de mí. Llamé pero no obtuve respuesta. Conseguí la dirección postal del bufete y acudí inmediatamente. Sólo abría los lunes y era martes. Como sólo disponía de 15 días para presentar el recurso, no podía perder una semana. Busqué otros despachos en Internet y encontré uno en la *Place de la Nation*. Llamé y me dijeron que podían darme cita para el día siguiente. Me atendió una abogada que al declararme insolvente dijo que haría una solicitud para representarme como abogada de oficio y que los gastos correrían a cargo del Estado. Me preguntó si tenía los documentos demostrativos de mi solicitud de asilo en España y de su rechazo; si había algo que estuviera haciendo en Francia (estudios, seguimiento médico, etc.) que impidiera que me deportaran. Le informé que estaba en tratamiento en la asociación Comede por problemas físicos y psicológicos. Me pidió que obtuviera certificados sobre mi estado de salud. Me hizo todo tipo de preguntas sobre mi estancia y solicitud de asilo en España, los problemas que me habían llevado a huir de mi país y mi situación en Francia. Finalmente

me dio su contacto para que enviara todos los documentos corroborando lo que habíamos hablado y se aseguró de que la autorizaba a presentar el recurso en mi nombre. Me pidió mi número de teléfono y me dijo que me mantendría informado.

Durante un mes no tuve noticias del procedimiento. Seguí presentándome en la prefectura todas las semanas y recogí un escrito en Coallia por el que supe que tenía una opción de alojamiento en Neuilly-Plaisance²⁰. Me trasladé a los dos días pensando que encontraría un piso pequeño, en buenas condiciones. En realidad, se trataba de un albergue situado entre un parque y un polígono industrial y que era realmente insalubre; un centro de alojamiento para inmigrantes gestionado por la empresa Adoma. El director me recibió y comprobó los documentos que llevaba (resguardo, carta). Me presentó a una trabajadora social y me dijo que a partir de ahora tendría que acudir a ella si necesitaba algo: realización de algún trámite, recepción de correo, etc. Me enseñó mi “apartamento” que era una habitación compartida, con el baño y los aseos comunitarios en cada planta. La persona que me precedió probablemente había sido detenida por la policía ya que algunas de sus cosas seguían allí, como su tarjeta OFII. Pasé la tarde limpiando: había cucarachas congeladas en la nevera. Me pregunté cómo era posible que nos ofrecieran un alojamiento tan indigno. A partir de entonces hice lo posible para dar la impresión de que vivía allí: recogía el correo, dormía algunas noches a la semana. Pauline me dijo que tenía mi propia llave y que podía seguir quedándome con ella cuando quisiera. Aun así me vi obligado a cumplir el protocolo de acogida, porque si me hubiera negado me habrían bloqueado todo tipo de ayuda.

²⁰ Municipio situado al este de París.

El 16 de noviembre recibí una carta de citación del tribunal administrativo de Montreuil. La abogada de oficio - que no era la misma que me había recibido unos días antes - había sido notificada por correo electrónico. El 25, día de la vista, me presenté allí, estresado y asustado. La vista estaba programada para las 9 de la mañana. Pensé que encontraría a mi abogada, pero la llamé y no contestó. Al no saber nada de ella, fui a la recepción del juzgado y les enseñé la carta de citación. Me dijeron que la vista se había aplazado hasta las 2 de la tarde. Era miércoles, así que no iba a poder fichar en la prefectura. Me pregunté si no sería deliberado. Contacté a la abogada que había sido informada del cambio de horario pero se había olvidado de comunicármelo; le pregunté si podíamos vernos. Me contestó que nos encontraríamos a las 2. Me sentí decepcionado y molesto; tenía la impresión de que no era importante para ella. Necesitaba orientación y apoyo; me sentía abandonado. Estaba invadido de pensamientos negativos, sobre todo por el hecho de que la mayoría de los recursos relativos a los procedimientos de Dublín eran rechazados. Temía que los argumentos a mi favor no fueran escuchados, que no se atendieran las razones por las que quería quedarme en Francia. A las dos de la tarde, de nuevo en el tribunal, la abogada me dijo que no tenía de qué preocuparme, que iba a hacer todo lo posible por evitar el proceso de Dublín y para que mi situación mejorara. Le dije que lo entendía y que, pasara lo que pasara, confiaría en Dios.

Comenzó la vista. Había otros tres migrantes, todos en situaciones diferentes, acompañados por sus abogados. Recordé lo que me decía mi madre: "Hijo mío, sé bueno, sé honesto, ayuda y apoya a todo el que lo necesite sin esperar nada a cambio". En aquel momento, esta audiencia me parecía mi última oportunidad; hubiese querido que me apoyaran de la

manera que aconsejaba mi madre. Fui llamado en penúltimo lugar. La abogada me preguntó si hablaba francés porque no tenía intérprete, a diferencia de los demás. Pensé que me iban a hacer preguntas basadas en la información del expediente y que me iban a dejar hablar. Un amigo me había dicho que le habían dado la oportunidad de contar su historia, de explicarse, de defenderse; pensé que era el procedimiento habitual. Sin embargo, nadie volvió a mirarme. Me quedé allí como una estatua, como si no tuviera nada que ver con lo que estaba pasando. La abogada enumeró algunos argumentos sin convicción. Me pareció un relato protocolario inadecuado, demasiado corto. En dos minutos se acabó. Toda mi ansiedad desapareció, ya sabía cuál sería el resultado, estaba disgustado. La abogada me dijo que había ido bien y que podíamos confiar que el presidente hubiera escuchado sus argumentos. No me creí ni una palabra. Sabía que no iba a cambiar nada, que iba a tener que volver a España. Todo era injusto.

Esperé durante dos semanas la decisión. Por fin recibí la carta en la que se me informaba de que mi recurso había sido rechazado y que tenía que volver a España. Me dije que lo mejor para mí era salir del sistema administrativo antes de que me detuvieran e internaran en un centro de detención durante un tiempo indeterminado, todo en medio de una pandemia, para luego enviarme de vuelta a España, a un país que estaba ligado a un inmenso trauma para mí. Me dije que me volvería loco si dejaba que eso ocurriera. Dejé por tanto de acudir a la cita semanal en la prefectura, abandoné el alojamiento de Neuilly-Plaisance. Me mudé definitivamente a casa de Pauline.

Unos días después de la decisión judicial, recibí una llamada de mi hermano diciéndome que mi madre tenía hepatitis B. Yo ya había perdido a un amigo a causa de esta enfermedad, así que esta noticia me sumió en un mayor dolor si cabe. En Guinea, el tratamiento cuesta mucho dinero, lo mejor sería ir a Senegal, donde la calidad de la atención es superior. Mi madre no podía hacer ninguna de las dos cosas. Estaba muy preocupado por ella y me habría gustado hacer lo posible para ayudarla, pero la situación en la que me encontraba no me lo permitía. Lo único que podía hacer era enviarle algo de dinero de los subsidios que seguía recibiendo en aquel momento, pero no era suficiente. La impotencia me carcomía por dentro poco a poco. Pregunté a unos amigos que tenían asistencia sanitaria completa si podían conseguirme algún medicamento, pero ni siquiera quisieron plantearse si era posible. Una vez más, no sabía a quién acudir, a quién pedir ayuda. Afortunadamente, mi madre consiguió medicarse y su salud está actualmente más o menos estabilizada.

Seguí viviendo con Pauline. Allí me sentía seguro, pero apenas salía. Seguía pasando por momentos difíciles, momentos de soledad que me hacían sufrir. A veces tenía la impresión de no vivir en el mismo mundo que los demás. Intenté encontrar trabajo, pero como estaba en situación "irregular", nadie me contrataba. Antes de la pandemia, la gente en la misma situación se las arreglaba para encontrar trabajos esporádicos, pero actualmente es casi imposible. Intenté hablar con amigos que habían regularizado su situación, pero ninguno parecía dispuesto a apoyarme. Pero lo cierto es que nunca me ha gustado pedir ayuda. Durante toda mi infancia mis padres siempre lucharon para que tuviéramos lo que necesitábamos. Por desgracia, el hombre propone y Dios dispone. Hoy todavía me cuesta admitir que necesito ayuda; no puedo

aceptar que todas las dificultades que vivo sean mi realidad. A veces me da por pensar que el sistema que me excluye es quien tiene razón y que quizá todo sea culpa mía. Pero nunca he hecho daño a nadie, nunca he robado nada. Mis capacidades físicas e intelectuales me permitirían poder estar en una situación relativamente cómoda y estable, pero nada ha sucedido como yo quería. Mi objetivo al venir a Europa era principalmente estudiar. Incluso entre antiguos amigos que se han regularizado, algunos se permiten creer que su buena suerte es un mérito, y que yo soy responsable de mis dificultades posteriores, que no luché y que no supe utilizar mis capacidades para hacer bien las cosas. Pero en la vida todo puede cambiar en un instante.

Mi madre es la única persona querida que me queda en el mundo, más preciosa que mi propia vida. Si en este momento no estoy en condiciones de ayudarla, lucharé para que al menos tenga lo poco que pueda conseguir. Mi familia me llama a veces, no suelo coger el teléfono, no quiero mentirles ni agobiarles. Conozco la realidad del país y la suya, y oírlos de su boca me afectaría demasiado. Y dado que mi situación está estancada, siento que no tengo nada que decirles. Tengo demasiado miedo de que me consideren un inútil. Hubo momentos durante la redacción de este texto en los que ya no tenía ninguna esperanza, en los que pensé en el suicidio, pero mi fe me hizo olvidar la idea y me permitió seguir luchando por mí y por mi madre. A día de hoy sigo y seguiré peleando para no volverme loco, para denunciar las injusticias, para que se respeten y apliquen las leyes internacionales, la igualdad y los derechos humanos.

Escribir este libro, transmitir la verdad de lo que me ha pasado, es mi forma de seguir en la batalla.

UN PROYECTO QUE SE MATERIALIZA

Después de más de 3 años escribiendo mi relato, por fin llegó el día de llevar a buen puerto este preciado proyecto. Desde luego no ha sido fácil. Me he topado con numerosos obstáculos, mucha gente me decía que no lo conseguiría, pocos me animaban. Pero gracias a mi confianza en mí mismo he podido hacer realidad mi sueño y estoy muy orgulloso de ello.

Después de varios intentos infructuosos de búsqueda de editoriales en Internet y de intercambios de correos electrónicos, fue gracias a Julia, la misma persona que me había ayudado a encontrar alojamiento, que pude contactar con Leïla y Léa, 2 jóvenes editoras que me ayudaron a hacer realidad este proyecto. Durante más de 9 meses de duro trabajo, hubo muchos viajes, pasamos días enteros trabajando en la traducción de los textos (algunos inicialmente en español)²¹, reescribiendo algunas partes, explicando varios pasajes, corrigiendo faltas de ortografía... sin olvidar que las editoras tenían su propio trabajo que no podían abandonar.

Por mi parte, dado que me encontraba mal, tuve que hacer un gran esfuerzo mental para no perder la oportunidad que se me había ofrecido. El hecho de encontrarme en un estado de depresión, postraumático, de "irregularidad administrativa", me obligó a luchar, a infundirme valor, a redoblar mis esfuerzos. Mi cabeza hacía lo que podía pero mi cuerpo estaba tan cansado, que era como si quisiera, pero a la vez no podiera querer.

²¹ Nota de los editores: En este capítulo el autor explica como consiguió publicar una primera versión de su libro. El presente volumen es una nueva versión ampliada, revisada y traducida de esa primera publicación en lengua francesa.

Como expliqué en el capítulo precedente, la prefectura me había declarado en fuga tras la decisión del tribunal de Montreuil de rechazar mi recurso contra la decisión desfavorable sobre mi solicitud de asilo. Había evitado que me devolvieran a España en virtud del procedimiento de Dublín y, sin embargo, iba a tener que pasar 18 meses sin derecho a alojamiento ni ayudas económicas y sin poder trabajar. Tenía que pasar desapercibido para evitar que me controlaran y detuvieran, lo que no fue fácil dado que me resultaba imposible permanecer escondido en el mismo lugar todo el tiempo. Además, la primera versión de mi libro estaba a punto de publicarse, por lo que tenía que estar presente, móvil y activo. No sólo tenía que trabajar en lo que saliese para ganarme la vida (alimentarme, vestirme, pagar el transporte, pero también para ayudar a mi familia y a mi madre en particular con su medicación), sino que también tenía que implicarme en la producción del libro.

Todas estas cosas me atormentaban y me hacían sufrir en silencio, pero no podía rendirme, porque este proyecto marcaba el momento en que tenía que ser más fuerte que nunca, levantar la cabeza, seguir adelante a pesar de todas las dificultades e injusticias que sufría. Acumulé trabajos esporádicos, sobre todo de repartidor a domicilio. Es un trabajo que no merece la pena para los que lo ejercen: empleas mucha energía para muy poco beneficio, ganas muy poco dinero en comparación con el que gana la empresa, por no hablar de los problemas a los que te enfrentas a diario con clientes a veces racistas que te faltan al respeto, te insultan y sospechan de ti. Además hay épocas en las que los pedidos escasean. En muchas ocasiones, he salido de casa a las 11 de la mañana con frío, lluvia o calor para hacer repartos y he vuelto a las 3 de la tarde sin haber podido hacer más que dos encargos...

pero sí me gustaría subrayar hasta qué punto este tipo de trabajo es una nueva forma de explotación moderna.

En ocasiones iba de casa a Montparnasse, pasaba por Saint Lazare, Pigalle... y regresaba sin haber hecho un solo reparto. Los pocos que recibía solían estar muy alejados - entre 5 km y 8 km de distancia - y todo ello por un importe que no superaba los 12 euros. Por no hablar de que a veces las personas que hacen el encargo te llaman todo el rato para presionarte, y tu, repartidor, debes buscar los atajos más rápidos para llegar a tiempo, incluso poniendo en peligro tu vida desobedeciendo las normas de tráfico, saltándote semáforos, no dando prioridad a los peatones, etc. Los dueños de las plataformas no hacen más que explotar a los repartidores pagándonos sumas lamentables que no suponen gran cosa a final de mes. Pero no tenía otra elección.

Leïla había encontrado un lugar para presentar el libro en una imprenta cooperativa de Marsella. Tenía un amigo que trabajaba allí y gracias a él pudimos imprimir un centenar de ejemplares con portada serigrafiada, lo que fue una muy buena noticia. Estábamos a pocas semanas de nuestro objetivo. Nos quedaba el acabado, la encuadernación, en fin, la producción del libro propiamente dicha. Tuve que viajar con ella para reunirme con los voluntarios de la imprenta y hablarles de los diversos preparativos del acontecimiento.

A medida que se acercaba la segunda vuelta de las elecciones presidenciales francesas de abril de 2022, yo me sentía cada vez peor. La retórica racista, xenófoba, divisoria y llena de odio de algunos de los candidatos me estaba volviendo loco. Lo pasé muy mal viviendo ese periodo, que fue también el del inicio de la guerra en Ucrania y de las políticas de aco-

gida racistas que preferían a los europeos cristianos blancos frente a otros inmigrantes. Por aquel entonces escribí un texto sobre la xenofobia y el impacto que tiene en la sociedad y en nuestras mentes, intentando aportar algunas ideas y soluciones²². Acabábamos de salir del invierno y me encontraba muy mal psicológicamente, aún así tuve que implicarme en los preparativos de la velada pública de presentación del libro. Estaba estresado, cansado y moralmente destrozado, pero como se trataba de un acontecimiento que me incumbía, tenía que trabajar sobre mí mismo para no desanimarme, seguir siendo valiente y comprometido, y estar preparado en un día tan importante y memorable.

El calendario era el siguiente: primer viaje a Marsella para preparar el acto de presentación, vuelta a París para encuadernar un primer centenar de ejemplares en la escuela de Bellas Artes, de nuevo Marsella para imprimir las portadas serigrafadas del otro centenar de ejemplares. La fiesta de presentación iba a tener lugar el 20 de mayo de 2022, así que disponíamos de 10 días para terminar los 200 libros. Mi autobús salió de París la noche del 11 de mayo a las 10 de la noche y llegué a Marsella a la mañana siguiente, a la estación Saint Charles. Esperé a Leïla y fuimos directamente a la imprenta.

Conocí a su amigo Félix que nos enseñó los locales y con quien hablamos de la organización de la velada. Por la noche llegaron otras personas que trabajaban en la imprenta, como Lila que se encargó de preparar la impresión de la portada. Esta chica se implicó mucho en la realización del libro, al igual que todos los otros voluntarios del local. Esa misma noche Félix nos alojó en su casa, era una persona muy amable y

²² Ver el texto "Luchar contra el racismo y la xenofobia" en anexo.

simpática. A la mañana siguiente regresamos a la imprenta, donde aún teníamos que imprimir, recortar las hojas y preparar los carteles para la presentación. Finalmente cogimos un autobús nocturno para terminar el trabajo en París, con el plan de volver el día 19 a Marsella para ultimar los preparativos de la presentación oficial del libro el 20.

De vuelta a París el día 13 por la mañana tenía que terminar el montaje del cortometraje con Julia. Mientras tanto Léa iba a imprimir el contenido del libro en cientos de pliegos de hojas para llevarlas a *Les Beaux-Arts* el día 16 para encuadernarlas, doblarlas y graparlas. Hubo un desafortunado problema con la entrega del papel encargado, lo que provocó una reducción a menos de la mitad (44) del número de ejemplares disponibles en París.

Toda la semana estuve bajo una presión mental y física constante, tenía miedo de que la gente no viniera al acto, me sentía muy mal, pero debía prepararme para afrontar el reto. Estaba ansioso pero también feliz de llevar por fin a buen puerto este largo e importante proyecto. Nunca dejé que las dificultades y los desalientos me desanimaran. Recordaba que en las asociaciones españolas la gente no creía en mí, en mis escritos, en mis planes de convertirme en periodista y escritor, de continuar mis estudios. Llevar a cabo este objetivo, imprimir este libro, presentarlo, me permitía demostrarme a mí mismo y al mundo que, efectivamente, soy capaz de alcanzar mis metas.

Llegó el día señalado: era 19 de mayo y debía partir con algunos amigos, entre ellos Pauline, Princesse, Émeline y Tam-sir. Teníamos que coger el tren de las 7.13 de la mañana en la estación de Marne-la-Vallée. Durante el viaje, mientras los

demás dormían plácidamente, yo me encontraba tremendamente aprensivo, haciéndome muchas preguntas, pero también aprovechando para grabar con mi teléfono algunos paisajes bonitos. Al cabo de 3 horas llegamos a nuestro destino y esperamos a Leïla que llegaba un poco más tarde. Pauline había alquilado un piso donde dejamos nuestros equipajes y descansamos un rato antes de ir a la imprenta, donde teníamos que terminar de doblar, cortar, grapar, preparar la sala y pegar carteles por Marsella. Al final del día fui a casa para reunirme con los demás y charlamos un rato. Me fui a dormir pronto, ya que estaba muy cansado y apenas había pegado ojo ni la anterior noche ni durante el viaje.

Al día siguiente, el de la presentación del libro, Leïla, Félix, Lila, Antoine y yo, junto con otras personas de la imprenta, tuvimos que encargarnos de los últimos preparativos. La velada debía comenzar a las 9 de la noche. A medida que se acercaba la hora, aumentaba el estrés. A las 8, Léa se presentó con el resto de los libros impresos en París y la gente empezó a llegar poco a poco a la sala. Los trabajadores de la imprenta se encargaron de la organización. El público había respondido con su presencia.

El orden del programa era: a las 8 apertura; a las 9 presentación de mi cortometraje "Occidente, ficción y realidad"; a continuación diálogo abierto con el público para responder a sus preguntas; finalmente, venta del libro y celebración. Todo salió según lo previsto, se vendieron algunos libros y, a pesar de los nervios, disfruté del acto. Fue un día inolvidable para mí. Conocí a personas que me dijeron que el cortometraje les había parecido muy interesante y que estaban impacientes por leer el libro; otras prometieron ponerse en contacto conmigo para darme su opinión sobre mi aventura...



Al día siguiente, con Léa y Leïla y su editorial *Le feu du dedans* participamos en la feria organizada por el FRAC (Fondo regional de arte contemporáneo) de Marsella. Duró dos días,

acudieron varios centenares de visitantes y vendimos varios libros.

Antes de volver a París, Léa me invitó a ver en el estadio *Vélodrome* el último partido de la Liga francesa entre el Marsella y el Estrasburgo. Nadie me había hecho un regalo así en mi vida y era la primera vez que asistía a un partido de fútbol en directo. Había muchísimos aficionados, estallaban petardos por todas partes y la gente invadía el estadio. Soy un gran aficionado, así que aquel día me alegré mucho de vivir ese acontecimiento que quedará grabado en mi memoria. Afortunadamente el *Olympique* de Marsella terminó ganando y se clasificó para la Liga de Campeones. Me encantó la ciudad. La gente, el ambiente, el calor, la mezcla social, el espíritu popular.

Lo que principalmente esperaba del acto de presentación del libro era que me diera la oportunidad de conocer a gente que pudiera ayudarme a encontrar una solución para regularizar mi situación, todo ello para poder salir del infierno que vivía y poder llevar una vida tranquila como todo el mundo. Al día siguiente regresé a París en autobús. Volví con un sentimiento de satisfacción, alegría y esperanza que no recordaba desde hacía mucho tiempo. Lo que había pasado me hizo creer en mí mismo y me dio fuerzas para seguir luchando.

¿VOLVERÉ A SER VISIBLE ALGÚN DÍA?

Una semana después de la publicación de mi libro, empecé a buscar en Internet librerías y asociaciones activistas que estuvieran predispuestas a escuchar a personas en mi situación y que pudieran estar interesadas en darle difusión a mi libro. Transcurrieron meses y casi nadie se puso en contacto conmigo. No obtuve respuesta ni de periódicos, ni de agrupaciones de lucha contra la discriminación ni de organizaciones culturales.

Un día me reuní con los responsables de una asociación cercana a donde vivía. Quería saber si podían ayudarme a promocionar el libro porque creía que podría ser de utilidad para otras personas. Me saludaron diciéndome que habían recibido mi correo electrónico, pero que no habían tenido tiempo de responder. A mis preguntas sobre el libro, contestaron que no era su trabajo y que no sabían de ninguna librería a la que pudiera interesar. Me sorprendió comprobar que habían recibido mi mensaje y que no habían contestado. No lo entendía. Me di cuenta de que ya no tenía mucha fe en las asociaciones, porque casi siempre me decepcionaban.

La única esperanza que me quedaba era recibir sugerencias o consejos sobre mi situación actual de personas que hubieran leído mi libro. Pero tampoco hubo ningún comentario al respecto. Sólo me escribió una persona para decirme que le había gustado y que era muy agradable descubrir cosas que no conocía; como si mi texto fuera un cuento o una leyenda que se pudiera contar a los niños para enseñarles o entretenerles.

Entonces comprendí que no debía confiar en el sector aso-



ciativo para avanzar y desbloquear mi situación. Estaba en un callejón sin salida y el libro que había escrito quizá no tuviera ninguna repercusión. Había albergado la esperanza de que su publicación provocara rápidamente cambios en mi vida, sobre todo en lo relativo a formación, estudios, trabajo o alternativas a mi situación. Tenía la expectativa de conocer a personas que me ayudaran de verdad, sin enviarme de un lado a otro en planes interminables que nunca terminaban de cuajar. Pero tras la alegría, tras la esperanza, sólo llegó la desilusión.

*

Tras pasar 20 meses en la negación y la soledad, el 27 de septiembre de 2022 pude por fin volver a solicitar asilo. Anteriormente me habían denegado el acceso al procedimiento, lo que me obligó a permanecer en la clandestinidad, haciéndome invisible en suelo francés. Durante casi dos años sobreviví sin trabajo, sin ayuda, sin esperanza.

El día de la cita en la prefectura fue uno de los mejores que he pasado desde mi llegada. La víspera estaba feliz y entusiasmado con la idea de verme por fin libre de toda amenaza de deportación o de cualquier tipo de control. Pasé la mayor parte del día pensando en todos los malos momentos que había soportado: la soledad, el miedo, el estrés, el insomnio, los problemas de salud física y mental... Por fin me sentía liberado de todas las cargas que me hacían sufrir y pesaban sobre mi mente y mi cuerpo. No podía dejar de recordar todas las cosas horribles que habían rondado por mi mente y me habían llevado a querer cometer lo irreparable. Este periodo tan difícil me ayudó sin duda a crecer moral y psicológicamente, porque aprendí mucho sobre mí mismo y exploré mis

límites. Aprendí en quién puedo confiar y en quién no. Sufrí mucho. Me sentí herido y decepcionado por mucha gente, más o menos cercana, pero gracias a esta experiencia luché conmigo mismo y contra mí mismo, contra los pensamientos suicidas que rondaban mi mente, contra la depresión. Me enfrenté a los obstáculos e ideas que me impedían avanzar y conocer mi malestar.

La cita en prefectura era a las 9 de la mañana y, como no vivía muy lejos, puse el despertador a las 6 para reflexionar y poder dar gracias a Dios por la fuerza y el valor que me había dado para sobrevivir y superar todas las dificultades, por permitirme estar a la altura de mis ambiciones y motivaciones. Esta cita me permitiría actualizar y registrar mis datos para obtener un nuevo resguardo que cambiaría mi estatuto de “dublinado” por el de una persona que solicita asilo según el procedimiento “normal”²³.

Una vez en prefectura, mostré al guardia de seguridad la convocatoria, presenté mi resguardo antiguo y accedí directamente a la sala de espera. Una vez en el interior me sentí estresado y me asaltaron los malos recuerdos. Cuando estaba bajo el procedimiento Dublín, estaba obligado a acudir cada semana para sellar mi expediente y hacerles saber que seguía en suelo francés. Veía en la sala a personas que estaban en esa misma situación y pensaba que si pudiera ayudarlas para evitar su regreso al primer país de acogida, lo haría sin dudar. Por desgracia no podía hacer nada por ellos, aparte de desearles valor y paciencia.

A las 9.25 de la mañana me llamaron para firmar los documentos que revocaban mi condición de “dublinado” y con-

²³ Ver explicaciones sobre el procedimiento Dublín en el glosario en anexo.

firmaban mi acceso al procedimiento normal. Me dieron un resguardo válido 10 meses y algunos formularios, entre ellos uno en el que debía escribir mi historia personal y explicar por qué había abandonado mi país. Este documento tenía que enviarlo a la OFPRA (Oficina Francesa de Protección de los Refugiados y Apatridas) en un plazo de 21 días. A continuación tenía que ir directamente a la OFII y entregar una copia del nuevo resguardo para que pudieran actualizar mis datos y registrar mi nueva solicitud. Al día siguiente recibí un mensaje de la OFII en mi teléfono diciéndome que acudiera a una cita para informarme de mis derechos y entregarme la documentación que precisaría a lo largo del procedimiento.

En la OFII una señora me explicó que estaba en el procedimiento normal pero que ya no tenía derecho a las prestaciones reservadas a los solicitantes de asilo. Le pregunté la razón. Me informó que era porque cuando había estado "dublinado", el tribunal había dictado una medida de alejamiento ordenando mi regreso a España. Al haberme negado a marcharme, se consideraba que había infringido la ley. Por tanto no tenía derecho a alojamiento ni a las ayudas económicas atribuidas a los solicitantes de asilo. Estaba castigado.

Pregunté entonces por qué me decían que estaba en el procedimiento "normal" dado que no tenía acceso a los derechos habituales. La señora me contestó que no era su decisión, que ella simplemente aplicaba la ley. Me sentí inmensamente decepcionado, pero lo comprendí. Ella no era responsable, sólo obedecía. Era inmigrante, de Bangladesh, y percibí que no se sentía cómoda diciéndomelo. Firmé los documentos porque no tenía más remedio y me fui. Ese mismo día acudí a Coallia, actualizaron mi dirección para la recepción de correo y regresé a casa.

Sin perder tiempo, empecé a buscar asociaciones autorizadas que pudieran ayudarme a rellenar el formulario de solicitud de la OFPRA, porque no podía hacerlo solo: había información que no comprendía y necesitaba asesoramiento. Encontré una dirección de correo electrónico en un folleto de asociaciones de asistencia administrativa y concerté una cita.

El día en cuestión mostré mis documentos a las tres personas que me estaban esperando y que se presentaron y explicaron cuál era su trabajo así como los diferentes tipos de protección internacional. Eran cosas que ya sabía pero que comprendí mejor. Leyeron mi "relato" (un texto que describía mi salida del país, los motivos y las circunstancias) y corrigieron algunas faltas de ortografía. Luego me hicieron preguntas para aclarar ciertas partes. Les contesté. Seguimos trabajando en el resumen del texto ese mismo día y al siguiente. Una vez finalizado fue enviado a la OFPRA.

Casi 3 meses después recibí un mensaje convocándome para una entrevista el 15 de diciembre de 2022 a las 9 de la mañana. Unos días antes estaba confiado porque sabía que era una oportunidad para explicar los motivos de mi salida de Guinea y, sobre todo, para ver desbloqueada mi situación. El día de la cita, como de costumbre, me levanté a las 6 para rezar una oración e invocar a Dios para que me guiara y me diera la fuerza y el valor necesarios para responder a las preguntas que me harían. Como estaba a una hora de camino de las oficinas de la OFPRA, durante el trayecto me hice mil y una preguntas: ¿cómo sería la entrevista? ¿qué preguntas me harían? ¿sería capaz de responder? Pero tenía confianza porque sabía que mi historia era cierta y que podía presentar pruebas de que lo que estaba diciendo era verdad.

Cuando llegué hacía mucho frío y el personal encargado de supervisarnos nos dejó durante 1 hora a la intemperie. No se respetó ni la hora de la cita ni el orden de llegada. A las 10 de la mañana pudimos por fin acceder. Transcurridas otras 2 horas de espera me recibió el agente encargado de mi entrevista. En el despacho me explicó detalladamente los diversos protocolos a seguir, en particular que nuestro intercambio sería grabado y que si en algún momento necesitaba algo, podíamos hacer una pausa y continuar cuando estuviera preparado. La entrevista duró algo más de 1 hora y media. Respondí lo mejor que pude a las diversas preguntas y al terminar el agente me dijo que recibiría una respuesta en un plazo máximo de 3 meses. Como no tenía más preguntas, me acompañó a la salida.

Por lo que a mí respecta, estaba convencido de que todo había ido bien, había contado las cosas como eran y respondido a todas las preguntas. Sobre todo había aportado documentos que demostraban la veracidad de mi historia. Quedaba por ver si los que iban a pronunciarse sobre mi solicitud estarían convencidos de que merecía la concesión del asilo. Ya en casa escribí a las personas que sabían que tenía una entrevista: un amigo que vive en Auxerre y Daniel del laboratorio Migrinter. Les hice un resumen de lo acontecido y ambos me desearon suerte.

El 27 de febrero de 2023 recibí un mensaje de la OFPRA comunicándome que mi solicitud de asilo había sido resuelta y trasladada por correo certificado. Me entusiasmó la idea de poder planificar mis proyectos de futuro, es decir, tener un trabajo digno y respetuoso, ser independiente y libre para desplazarme... En Coallia me dieron un recibo para retirar el sobre en una oficina postal. De vuelta a casa, hice dos *rak'at*,

una oración de invocación para pedir a Dios que me guiara y para que la respuesta fuera favorable. Estaba emocionado ante la perspectiva de poder cambiar mi vida.

Por fin abrí la carta... pero desgraciadamente la solicitud había sido rechazada.

Me sentí muy decepcionado, muy mal. Destruído mental e interiormente. Esta decepción me afectó tanto que durante unos días lo único que podía hacer era dormir para sobrellevar mejor la rabia que tenía dentro. No quería hablar ni ver a nadie. Estaba tan angustiado que me aislé en mi habitación.



Intervención el 2 de marzo de 2023 en Poitiers

Esta comunicación se produjo pocos días antes de un viaje previsto a Poitiers para intervenir en unas jornadas organizadas por la asociación CEMEA en la Universidad de Poitiers.

No sabía si podría ir, tenía la impresión de que nadie entendería mi ausencia, pero sobre todo no quería decepcionar a quienes me habían invitado, porque ellos no tenían nada que ver con mi situación. Al día siguiente por la tarde, Daniel me llamó y hablamos de la situación. Me sentí a gusto con él y finalmente decidí que el viaje me vendría bien y, sobre todo, me permitiría despejarme. Así que acudí a Poitiers. Fue una velada muy agradable y tuve la impresión de que mi testimonio fue escuchado y bien acogido.

*

El 06 de marzo de 2023 solicité asistencia letrada gratuita para recurrir la denegación de mi solicitud de asilo. Se me citó a comparecer el 20 de julio de 2023 a las 4 y media de la tarde. Unos días antes, el 7 de julio, tuve una cita con una nueva abogada para preparar la vista, comprobar que todas las pruebas que había traído estaban completas y explicarme un poco el proceso. Me dijo que estaríamos seis o siete personas en la sala: tres jueces, incluido el presidente, para escucharme, un portavoz para leer mi historia y enumerar las pruebas que había presentado, la abogada y yo. Me tranquilicé porque en mi opinión, mi historia entraba dentro de la categoría de personas a las que, como mínimo, se les debería otorgar el estatuto de protección subsidiaria²⁴.

El 12 de julio pude intervenir en Breil-sur-Roya (cerca de Niza), en el marco del festival organizado por el colectivo "Pasados de Humanidad". Durante el acto tuve la oportunidad de presentar mi libro y de conocer a algunas personas.

²⁴ Condición prevista por la normativa europea de asilo que se concede a aquellas personas que no corresponden con la definición de refugiado prevista por el derecho internacional pero sobre las que pueden existir dudas con respecto a los riesgos que conllevaría para su vida o integridad un retorno a su país de origen.

Cuando regresé a París el 13 de julio, mi mente estaba ya concentrada en la audiencia. Me rondaban muchas preguntas por la cabeza. ¿Sería capaz de convencer a los jueces? ¿Serían muy rigurosos? Las noches se me hacían tan cortas que sólo podía pensar en todo lo que estaba en juego el 20 de julio. La noche antes de la vista hablé con mi madre por teléfono y eso me tranquilizó mucho. Le expliqué cómo me sentía mental y moralmente y ella me dijo que intentara relativizar mi situación y que pensara en las cosas positivas que me estaban pasando.

El día de la vista me levanté antes de lo previsto, me sentía bien. Hacia el mediodía me preparé: antes de cualquier acontecimiento importante siempre tomo el tiempo de rezar y pedir a Dios que me conceda un buen resultado para todo lo que hago. Luego salí hacia la sede del tribunal situada en Montreuil, al este de París. Por el camino pensé en todo lo que me había aconsejado la abogada: los gestos, la forma de responder y, sobre todo, como tener cuidado en no caer en la trampa de las preguntas capciosas de los jueces, por ejemplo no equivocarme en las fechas clave de mi historia. Al cabo de una hora llegué al tribunal y me dirigí a la recepción. Les mostré mi citación y me condujeron a la sala de espera para la vista. Había allí al menos diez personas, algunas acompañadas de sus abogados. Cuando llegó mi abogada, nos reunimos muy rápidamente porque tenía que defender a otra persona.

Llegó mi turno, entré en la sala y los jueces se presentaron. La portavoz del tribunal leyó mi historia y citó las pruebas que había aportado. Cada uno de los jueces me hizo al menos 3 preguntas, y luego intervino mi abogada para exponer sus argumentos y solicitar que se me concediera el estatuto de refugiado. Al final, el presidente tomó la palabra para dar-

nos la fecha de la lectura de la decisión final, prevista para el 31 de agosto. La abogada me dijo que me había defendido bastante bien, aunque debería haber desarrollado y argumentado más mis respuestas a algunas de las preguntas que me habían hecho. Alguien me dijo una vez que, durante una vista, nunca puedes saber de antemano el pensamiento de los jueces. A veces pueden ser muy severos, contradiciendo todo lo que dices, pero al final consigues una decisión favorable; y otras, cuando no te contradicen en absoluto, deciden que no mereces el estatuto de refugiado.

Los días pasaron, julio llegó a su fin y agosto supuso el comienzo de las vacaciones de verano para mucha gente, incluidos jueces y abogados. Yo no tenía donde ir ni que hacer. Busqué cursos de formación, pero todos los que había eran de pago. Tampoco encontraba trabajo, salvo algunos esporádicos. Cuando me sentía un poco deprimido salía a pasear por la ciudad. En casa no había nadie y mis pocos amigos estaban de vacaciones o visitando a sus familias. Así pasó el mes de agosto.

Según avanzaban los días, miraba hacia el futuro, seguro de que me concederían el estatuto de refugiado. Pero mi corazón se debatía entre dos sentimientos: por un lado, pensaba que por fin iba a poder iniciar una nueva etapa en mi vida y acabar definitivamente con la miseria y la supervivencia cotidianas; pero por otro me decía que si el recurso no era aceptado tendría que evitar caer en la depresión y la desesperación y hallar soluciones para volver a ponerme en pie y seguir adelante a pesar de las dificultades. Fue entonces cuando realmente me di cuenta del impacto que esta decisión iba a tener en mi vida y mis planes futuros. Intenté llamar a mi madre para poder hablar con ella y olvidarme de las potenciales

consecuencias negativas de una decisión desfavorable. Por desgracia, no estaba disponible.

El 31 de agosto, como de costumbre, me levanté muy temprano. Hice mi rutina matutina habitual y consulté la página web del tribunal. Hacia las 11 de la mañana se publicaron los resultados. Consulté las listas (cada sala tiene la suya propia), mi número, el nombre de mi abogada y la decisión final...

Un nuevo rechazo. Qué desgracia.

Me sentí tan decepcionado que no pude decir ni una palabra, permanecí mucho tiempo sin poder moverme, en absoluto silencio. No sabía que hacer ni como explicárselo a nadie, sentía que había tenido muy mala suerte porque había hecho todo lo posible para obtener un resultado favorable. Estaba completamente destrozado, pero aun así intenté encontrar consuelo en las personas que siempre me habían apoyado y animado. Escribí un mensaje a Daniel que me transmitió las palabras adecuadas, que lo que había pasado no era culpa mía y que si había posibilidad de encontrar otras vías y medios para reconducir mi situación, lo haríamos juntos. Estas palabras me ayudaron a relativizar la situación y, sobre todo, a pensar en las cosas positivas y en la gente que cree y confía en mí.

A partir de ese día, pasé por muchas fases diferentes. Al principio quise volver a recurrir, pero la abogada me lo desaconsejó. También pensé en volver a Guinea, pero mi familia me advirtió de la situación tan difícil en que seguía el país, así que desistí.

*

Al fin y al cabo, mi lucha continúa y probablemente continuará siempre.

Pero aún tengo esperanza y lucharé por conseguir mi objetivo: me gustaría poder vivir en paz y con dignidad como cualquier otro ser humano. Enfrentarme a los obstáculos que he encontrado en mi camino me ha enseñado y permitido ver el mundo de otra manera. Nunca olvidaré lo que he visto, experimentado y comprendido.

Espero poder volver a ser una persona visible algún día.

Anexo 1 : GLOSARIO

Ceuta: Ciudad autónoma española en la costa norte de África, con frontera directa con Marruecos. Al igual que su vecina Melilla, el enclave español está situado en el continente africano, frente a la Península Ibérica, a unos quince kilómetros de la costa de la provincia de Cádiz. Estos dos enclaves son los únicos pasos terrestres entre la Unión Europea y África. Ceuta se encuentra bajo soberanía española, pero es reclamada por Marruecos desde 1956.

La valla de Ceuta: Fue construida por España a partir de 2001 con un coste de 30 millones de euros, pagados en parte por la Unión Europea. Tiene 8 km de longitud y está formada por una doble valla paralela, ambas coronadas con alambre de espino. Los puestos de vigilancia están diseminados a lo largo de su perímetro y el espacio entre las dos vallas permite el paso de los vehículos de vigilancia de la Guardia Civil. Una red de cables subterráneos está conectada a sensores electrónicos de ruido y movimiento. La barrera está equipada con sistemas de iluminación de alta potencia y cámaras de vídeo de visión nocturna. La altura se aumentó de 3 a 6 metros y finalmente a 10, bajo los auspicios de Frontex, la agencia europea para la protección de las fronteras exteriores. Marruecos ha planteado objeciones a la construcción de la barrera, ya que considera Ceuta parte ocupada del territorio marroquí.

Frontex: La Guardia Europea de Fronteras y Costas (Frontex) es la agencia de la Unión Europea responsable del control y la gestión de las fronteras exteriores del espacio Schengen. Creada por la Comisión Europea, su objetivo es el apoyo a los Estados miembros para la gestión y supervisión de las fronte-

ras exteriores. La agencia destina a funcionarios de enlace en los Estados miembros cuyas fronteras exteriores presenten un riesgo. Tales agentes pueden acceder a los sistemas de información nacionales y transmitir esta información a la Agencia. El presupuesto de Frontex se ha incrementado gradualmente, pasando de 143 millones de euros en 2015, a 238 millones de euros en 2016, 281 millones de euros en 2017 y 322 millones de euros en 2020. Se ha creado una fuerza de reserva de 1.500 guardias que utilizan medios de intervención rápida. La agencia ha sido acusada en varias ocasiones por periodistas y activistas de diferentes países europeos de violar los derechos fundamentales de los refugiados y de colaborar con Estados que no respetan los derechos humanos.

CETI: Abreviatura de “Centro de Estancia Temporal de Inmigrantes”, el CETI es un centro de acogida construido por el gobierno español para dar cabida a la afluencia de inmigrantes que pasan por Ceuta cada año (también hay un CETI en Melilla). A diferencia de los Centros de Internamiento de Extranjeros (CIEs) donde se retiene a los migrantes un máximo de 60 días, la estancia en el CETI no se considera oficialmente una privación de libertad. Sin embargo, el recinto es una auténtica fortaleza rodeada por una valla de diez metros de altura y vigilada día y noche por agentes de la Guardia Civil. Las personas no están detenidas, sino vigiladas. Las normas son estrictas, las necesidades básicas están garantizadas y el acceso está abierto durante el día. Inicialmente diseñado para albergar a 500 personas, a menudo son alojadas hasta alrededor de un millar. El centro se construyó como respuesta a los disturbios que se produjeron en el “campo de la vergüenza” de Calamocarro entre 1995 y 2000, y a las peticiones de la ONU para que el gobierno español “diera una acogida más digna” a los migrantes que pasaban por Ceuta.

El Reglamento Dublín: Norma vinculante dictada por la Unión Europea y aplicable en todos los Estados miembros. Cuando estos Estados decidieron crear un espacio en el que las personas pudieran circular libremente sin controles en las fronteras interiores, el espacio Schengen, también adoptaron las normas que regulan la circulación de los solicitantes de asilo dentro de este territorio. El principio básico es que el primer Estado por el que ha transitado el solicitante es responsable de examinar el expediente si aquel se traslada posteriormente a otro Estado europeo. Cabe señalar que los Estados europeos deben registrar las huellas dactilares de los migrantes que entran ilegalmente en el espacio Schengen o que presentan una solicitud de asilo en una base de datos común llamada "EURODAC".

Asociación Apoyo²⁵: Fundada a principios de los años 1980 como resultado de la implicación de varias personas en los problemas del barrio madrileño de Moratalaz, con el convencimiento de que la implicación social es un medio de regulación de determinados conflictos complementario a la respuesta institucional. Sus señas de identidad son el acompañamiento y la justicia reparadora: acompañar a personas que optan por reconstruir sus vidas sintiéndose parte de una familia, sin lazos de sangre, pero con vínculos igualmente arraigados que nacen de un compromiso compartido por recuperar la libertad perdida, la capacidad de elegir, de decidir, de superar una situación de pobreza.

L'OFII: La Oficina Francesa de Inmigración e Integración es un organismo público administrativo encargado de organizar la acogida de los solicitantes de asilo y refugiados en suelo francés. Creada a partir de la fusión de varias agencias na-

²⁵ Información proveniente de su página web

cionales, depende del Ministerio del Interior desde el 16 de noviembre de 2010.

Asociación Comede: Asociación creada en 1979 para ofrecer apoyo a los inmigrantes en materia de salud y defensa de sus derechos. Las actividades de la asociación las lleva a cabo un equipo multidisciplinar formado por profesionales sanitarios asalariados y voluntarios (médicos, psicólogos, osteópatas, enfermeros y comadronas) y un cuerpo de profesionales jurídicos y de acción social (abogados, trabajadores sociales y mediadores). Comede ha creado estructuras de acogida en la región Île-de-France (Kremlin-Bicêtre, Pantin, París), Provenza-Alpes-Costa Azul (Marsella), Auvernia-Ródano-Alpes (Saint-Étienne) y Guayana Francesa (Cayena).

Asociación Coallia: Anteriormente conocida como Aftam (Asociación para la formación de Trabajadores Africanos y Malgaches), esta asociación francesa se fundó en 1962 para proporcionar alojamiento y apoyo social a los inmigrantes.

Annexe 2- OTROS TEXTOS DE ALHOUSEINE DIALLO

LAS PALABRAS QUE HIEREN Y MENOSPRECIAN

“PERSONA ILEGAL”

No hay personas ilegales en esta Tierra. Todo el mundo merece ser considerado, integrado y respetado como ser humano. Algunas personas nativas tienen a menudo tendencia a hacer creer a otras, extranjeras, que no son bienvenidas. Por el color de su piel, su origen, su afiliación religiosa; por los métodos que utilizan para llegar hasta aquí, que se consideran incorrectos o ilegales. Quizá deberíamos preguntarnos: ¿por qué han venido de esta manera? ¿tenían otra opción? Hay que reconocer que no siempre es la forma más agradable, pero ¿qué se puede hacer cuando no todo el mundo tiene los mismos derechos? Los que dicen “vete a tu país” no saben lo que es vivir lejos de su hogar. Todos preferiríamos vivir en nuestra casa, con nuestras familias, sean cuales sean las dificultades y las duras condiciones de vida. Pero no siempre podemos quedarnos. Por diversas razones los seres humanos siempre se han visto obligados a desplazarse, y cada uno de los llamados “ilegales” tiene sus propias circunstancias.

Los políticos y los medios de comunicación presentan a menudo una imagen distorsionada de la migración a una población que, en su conjunto, tiene escasos conocimientos sobre el tema. Para una parte, sus opiniones están demasiado arraigadas para cambiar e incluso se radicalizan. Se ignoran

las razones de nuestra partida, la gente se centra sólo en la llegada; y lo que para nosotros es la solución definitiva se percibe no sólo como una elección, sino como una agresión.

Tanto decir que los ciudadanos nativos no están seguros porque el número y la presencia de extranjeros impide a la policía y a los gendarmes hacer su trabajo, como hacer creer que esos extranjeros se aprovechan de las ayudas sociales, roban, violan, agreden y se dedican al crimen organizado, es lanzar falsas acusaciones para justificar e imponer la solución de la devolución en la frontera, de la deportación "pura y simple". Como si expulsar a los extranjeros permitiera a los autóctonos disfrutar más de sus derechos, como si los ricos pudieran convertir la Tierra en una isla, utilizarnos, explotarnos, sin tener que vernos, sin tener que aceptar la incomodidad que les produce nuestra existencia.

No olvidemos que el racismo está penado por la ley. Si hay personas ilegales, son las personas racistas. Creerse superior; hacer sufrir a los demás lo que a uno no le gustaría tener que padecer; poder ir a otros países y llamarlo "viajar"; no ser obligado contra su voluntad a volver a su patria; no reconocer el esfuerzo que hacen esas personas extranjeras que, con valentía y por necesidad, asumen a diario el trabajo que los ciudadanos locales no quieren hacer o no harán nunca.

Imponer su poderío mediante el despliegue del ejército, explotando los recursos naturales del suelo y del subsuelo de otros países, con el pretexto de acudir en su ayuda o de luchar contra el terrorismo; interferir en su política en beneficio de sus intereses nacionales; dar órdenes a los dirigentes de "terceros" países según sus deseos... Son esos políticos deshonestos que sólo piensan en los intereses de la clase domi-

nante, los mismos que provocan nuestra salida en migración y nos dejan morir por el camino, a quienes habría que llamar ilegales.

“PERSONA SIN PAPELES”

Esta es una de las apelaciones más denigrantes que oyen los migrantes. No olvidemos que todos, ricos o pobres, viejos o jóvenes, blancos o negros, merecemos ser respetados. Muchos de nosotros tenemos pasaporte, partida de nacimiento y carné de identidad, pero estos papeles no se consideran los “correctos”; aquí no valen nada. Peor aún, si nos detienen con ellos, es muy fácil devolvernos al país del que salimos, así que nos vemos obligados a esconderlos. Nadie elige estar en situación irregular; desplazarse debería ser un derecho básico y estar “regularizado” algo sencillo y corriente. A los afectados nos cuesta entender por qué, si existe igualdad, no todo el mundo tiene los mismos derechos.

Las leyes están injustamente establecidas. Son tan complejas que son imposibles de cumplir y obligan a las personas en situación de irregularidad administrativa a mentir (y por tanto a ponerse en peligro) para obtener un permiso de residencia, cuando preferirían decir la verdad. Algunos recurren al trabajo oculto para ganarse la vida, y por casualidad algunos consiguen contratos. Muy a menudo se ven obligados a aceptar “contratos” precarios, o incluso a falsear su identidad o su edad para obtener ayuda, ser acogidos o encontrar vivienda. Tienen que inventar estrategias para regularizar su situación y salir de la precariedad en la que se encuentran. La gente que tiene derechos no lo ve, no lo entiende.

No olvidemos que la dignidad humana no se limita a un simple documento de identidad; tú no eres “tus papeles”, o los tienes o no los tienes, o no tienes los adecuados. Para algunas personas la única posibilidad de alcanzar tal dignidad depende de obtener lo que se determina como un papel “válido”. Si el valor de un ser humano fuera irreductible, a nadie se le llamaría “indocumentado ” o “sin papeles”, nociones diseñadas para etiquetar y discriminar a cierto tipo de individuos.

COMPRENDER POR QUÉ

Mucho antes de la actual afluencia de personas migrantes en Europa, los europeos también emigraron. Para conquistar el mundo, lo invadieron: fueron a África, a América y a Asia, infligiendo sufrimientos a las naciones colonizadas, sobre todo a las africanas, que aún no se han recuperado.

La injerencia política europea está destruyendo a los africanos y a su continente. Financiación, engaños, venta de armas, asesinatos de nuestros pocos líderes valientes; todo ello provocando guerras civiles, la pérdida de miles de vidas, el deterioro de los recursos naturales y minerales, la explotación y la destrucción. Pero, ¿por qué? ¿No tenemos derecho a la vida y a la paz? ¿Por qué destruir la propiedad de otros para construir la nuestra? ¿Son conscientes del daño que causan? Cuando los europeos quieren viajar a África, viajan libremente, pero los africanos, si queremos ir a Europa, nos vemos obligados a solicitar inútilmente visados imposibles de conseguir. Por poner un ejemplo, tras la crisis económica de 2008, con la caída de los salarios y la dificultad de encontrar trabajo, muchos españoles abandonaron su país y aún no han regresado. Algunos se quedaron en Europa, otros se fueron a Estados Unidos. Nadie los devolvió. A los ojos del mundo tenían razones válidas. De hecho, no tener razones no habría cambiado nada. Son libres de emigrar. ¿Por qué no habríamos de tener derecho a hacerlo nosotros, africanos, que emigramos no sólo por razones económicas, sino también para salvar nuestras vidas?

En un momento en que Europa está en paz, sus dirigentes organizan la guerra en otros lugares, sobre todo en África. El

mundo entero es testigo del terror infligido. Pero una cosa está clara: Occidente es responsable de la migración actual.

El imperialismo occidental y las políticas coloniales causan terribles sufrimientos e inestabilidad, además las potencias occidentales casi nunca están del lado de los ciudadanos. Tomemos como ejemplo la guerra en Libia, país que se ha convertido en una de las puertas de entrada de migrantes a Europa. Los líderes occidentales dijeron en su día que Muamar el Gadafi, el ex presidente, se había convertido en un peligro para el mundo, en particular para las finanzas. Sin embargo, Gadafi había puesto en marcha una serie de iniciativas para crear unos Estados Unidos de África, lo que significaba que la independencia económica del continente podía ser posible: algo impensable para algunos líderes europeos. En parte, los objetivos de Gadafi eran ayudar a los países africanos a escapar de las garras de los países occidentales, frenando el saqueo de los recursos naturales y la injerencia en la política africana, causa frecuente de los conflictos interestatales, principal problema del continente en la actualidad. Sus esfuerzos por sacar a África de su extrema dependencia de Occidente supusieron una amenaza para las potencias occidentales que medran a costa del subdesarrollo y la miseria de África.

La Libia de Gadafi no era un país como los demás. Su presidente trabajaba por la autosuficiencia de su tierra y su población, y quería lo mismo para el resto del continente. Libia era un sólido escudo contra las oleadas migratorias, ya que muchos migrantes, sobre todo subsaharianos, optaban por asentarse allí en lugar de intentar cruzar el Mediterráneo. Pero los países de la OTAN se aliaron con Francia para destabilizar el país ante la comunidad internacional y ante la Unión Africana, que actualmente ya no está al servicio de los

africanos. Desde el asesinato de Gadafi, la violencia y la inseguridad persistentes han llevado a la mayoría de los países occidentales a evacuar a sus nacionales y cerrar embajadas, consulados, oficinas de Naciones Unidas y ONGs. Sin líder, en manos de milicias y civiles armados, el país se ha convertido en una zona de violación masiva de los derechos humanos, tierra de esclavitud y tortura de migrantes. El escudo ha caído y Libia se ha convertido en una puerta de entrada migratoria. En 2015, más de un millón de personas llegaron a Europa, muchos en proveniencia de las costas de este país. La operación de rescate a gran escala de la Unión Europea salvó a casi 100.000 embarcaciones improvisadas en el Mediterráneo. A pesar de estos esfuerzos, al menos 3.000 migrantes murieron en el mar. Simultáneamente, el narcotráfico se ha disparado, convirtiendo a la antigua Jamahiriya en un país de tránsito de drogas, principalmente con destino a Europa.

Ante la afluencia migratoria, Italia ha decidido suspender las operaciones de rescate. Naturalmente, los políticos europeos se preguntan si la guerra y la eliminación física de Gadafi han merecido realmente la pena. Miles de familias siguen llorando a sus hijos, sus hermanas, sus hermanos, sus padres, sus madres... Lo cierto es que estos políticos son los primeros en provocar indirectamente que los migrantes abandonen sus países. Y el mundo entero es testigo de este crimen contra la humanidad, perpetrado sin que nadie levante la voz.

Lo menos que se puede decir es que los países europeos se sienten profundamente amenazados por esta oleada de migrantes, sin establecer una relación con la injerencia occidental, signo de la persistencia de las relaciones coloniales. Nicolas Sarkozy, el ex presidente francés, debería haber sido juzgado y condenado por los crímenes que cometió contra

África. Por eso, lo que más me preocupa son las políticas europeas de migración que promueven una retórica racista, presentándonos como una amenaza para el empleo y un peligro para la integridad física de los ciudadanos europeos. Algunos políticos dicen que las cosas van mal por nuestra culpa y parte de la población se lo cree.

Lo cierto es que nuestra llegada está ayudando a crear empleo: cientos de personas antes desempleadas han encontrado trabajo en ONGs. Los gobiernos han recibido millones de euros del Banco Mundial, la Unión Europea, la ONU, etc., para financiar la "acogida" de migrantes y refugiados. En Europa no podemos trabajar sin papeles, pero tenemos que haber trabajado para que nos regularicen. En la mayoría de los países de la UE, y en Francia en particular, es necesario haber trabajado al menos seis meses, y no en negro, "cotizando" para poder solicitar la regularización. La situación es absurda: muy poca gente contratará a un inmigrante sin papeles. Así que hay que trabajar oficial pero ilegalmente. Algunos de nosotros pasamos años sin hacer nada, incapaces de plantearnos la más mínima actividad profesional, sin correr el riesgo si nos pilla la policía de que nos encarcelen, de tener antecedentes penales, de que nos devuelvan a nuestro país y, en cualquier caso, de que nos sea imposible obtener papeles. A pesar de todo, algunas personas consiguen cumplir las condiciones, lo que no significa que se les regularice, sobre todo en las ciudades y territorios con amplia presencia de extranjeros. Nadie habla de este engaño.

Los políticos y los medios de comunicación describen a menudo a los migrantes como una amenaza para la economía nacional, pero ¿por qué los expatriados que son libres de emigrar y "ocupar" puestos de trabajo en los países que los

acogen no son percibidos como amenazas? Algunos ciudadanos europeos viven en los países de origen de los migrantes que vienen a Europa, trabajan allí sin tener que esperar años a que se les autorice, tienen negocios privados, tienen descendencia, llevan una vida mejor que en su propio país y hacen lo que quieren sin que nadie les diga nada. ¿Por qué nosotros africanos somos extranjeros estemos donde estemos, mientras que vosotros europeos sois libres de hacer lo que queráis estéis donde estéis? Todos hemos nacido iguales y nadie ha elegido su país. Sin embargo, sólo una parte de la humanidad puede elegir dónde vivir y dónde morir.

LUCHAR CONTRA EL RACISMO Y LA XENOFOBIA

Solidarizarse con los extranjeros, vengan de donde vengan, darles amor y hospitalidad, porque nunca se sabe quién se enfrentará un día al exilio y al éxodo.

Me pregunto: ¿qué es lo que hace que alguien sea superior a otra persona? ¿Cuál es la diferencia entre un ser humano y su prójimo? Podemos enumerar una serie de diferencias físicas, culturales, religiosas, ideológicas... Pero no veo ningún argumento aceptable que justifique sentirse superior a los demás.

Porque son nuestras diferencias las que nos hacen únicos, y son esas mismas diferencias las que la gente utiliza como excusa para odiar. Sea cual sea tu color de piel, tu edad, casta, clase o linaje; vengas de donde vengas, lo importante es lo que tu corazón expresa positivamente, la felicidad que aportas. Actualmente, si te sientes un privilegiado, no presumas de ello, no utilices tu posición para oprimir a los que tienen menos, porque no hace falta mucho para que pierdas todo lo que tienes.

La mayoría de las veces, los seres humanos no pueden anticipar lo que les ocurrirá mañana. La única forma que tiene una persona de luchar contra algo superior a ella es dar amor, empatía y compasión, porque son virtudes sublimes que no se pueden comprar y que tienen un valor infinito.

La gente tiene diferentes maneras de referirse a los extranjeros. Algunos los llaman inmigrantes, indocumentados, solicitantes de asilo, refugiados, exiliados... A medida que nos

acostumbramos a llamar así a la gente, estos apodos empiezan a adquirir un significado peyorativo y cruel. Estos nombres tienen su origen en una escala de valores inferiores cultivada durante décadas y empañada por el racismo.

La xenofobia es muy peligrosa porque divide, engendra injusticia y marginación, acalla las voces por miedo a que no se reconozca su acento, y ese miedo las sume en el silencio.

La xenofobia mancha la belleza de toda una ciudad y de todo un país. Es un agujero negro que se traga la luz y deja a oscuras a toda una sociedad, sirviendo de pretexto y de excusa para que unos sometan a otros. Incluso hay quienes alegan un criterio genético para justificar este acto malvado, otros que utilizan la religión para legitimar la invasión de territorios y el asesinato de inocentes... son traducciones del desconocimiento absoluto de la singularidad de cada ser humano, de la falta de valores morales, de los instintos de explotación y saqueo.

Hoy en día, quienes emigran para sobrevivir a la violencia en sus países de origen siguen siendo tratados, por desgracia, como los "otros", los "extranjeros", los "intrusos", los que vienen a quitarnos el trabajo.

Es hipócrita, peligroso y criminal acusarles falsamente, en el ámbito político y en los medios de comunicación, de ser responsables de los problemas a los que se enfrentan las personas en los países que les acogen, sabiendo que estos problemas existían antes de que ellos llegaran. Estas personas han olvidado que todos formamos parte de esta aldea global, del aire que respiramos, bajo el cielo que nos cubre, del día y de la noche, de la lluvia y del viento... Hay espacio suficiente

para agitar simultáneamente todas las banderas del mundo. Pero aun así, todavía no estamos preparados para hacerlo.

Las potencias europeas han promulgado leyes que aparentemente combaten la migración ilegal, pero en la práctica lo que han hecho es impedir casi cualquier forma de migración regular, con lo que en última instancia fomentan la primera y todas las tragedias asociadas a ella. Esta trágica situación se ha convertido en masiva y conlleva mucho sufrimiento y dolor. Todas estas leyes deben ser revocadas.

También hay que decir que la xenofobia fue asimismo contagiosa durante la pandemia de Covid. Es posible que debido a intereses económicos poderosos no se tuviera acceso a curas en todo el mundo. La pandemia se utilizó como pretexto para exacerbar el racismo antiasiático. La discriminación racial y la incitación al odio se multiplicaron. Esta forma de maltratar a las personas se esconde tras delirios políticos, sociales, culturales, religiosos y raciales. Podemos entender la preocupación ligada a la situación de alerta sanitaria y a los problemas económicos y sociales derivados de la misma, pero esto no justifica ni debe fomentar el rechazo de otras personas.

A menudo tendemos a creer que sólo estamos seguros con las personas que conocemos, es decir, nuestra familia y nuestros amigos. Pero eso es malinterpretar las circunstancias de la vida, porque las amenazas no siempre vienen de fuera. Intolerancia, racismo, desigualdad social, dominación... todos estos fenómenos destruyen cientos de miles de vidas en el seno de familias, colectivos y sociedades.

El vertiginoso desarrollo de los medios de comunicación ha acelerado la velocidad de la propaganda supremacista y violenta. Pequeños grupúsculos intolerantes y radicales se infiltran por todas partes y erigen fortalezas a su alrededor: islas de odio donde se cultiva la xenofobia. Cualquier discurso que intente justificar moralmente cualquier tipo de exclusión social no debe difundirse y debe reprimirse legalmente.

Hay que recordar que el número de personas que cruzan las fronteras terrestres y marítimas es muy pequeño en comparación con las que llegan por vía aérea con visados turísticos. ¿Por qué en un caso es un delito, una invasión, y en el otro una salida inocente y digna?

El discurso de muchos políticos se basa en dos tipos de planteamientos manipuladores para confundir a la gente y legitimar la xenofobia:

1- «Es legítimo defenderse de la amenaza de los migrantes, sobre todo en tiempos de crisis. Hay que dar prioridad a los autóctonos». Este argumento sería contrario a la regla de igualdad por la que luchan cientos de miles de personas.

2- Los que dicen «yo nací aquí, trabajo, pago impuestos y a final de mes no me queda nada; y veo a los extranjeros beneficiándose de ayudas sociales (sanidad, vivienda, subsidios económicos, trabajo, etc.) lo que me hace entender que han venido a aprovecharse de nuestro estado de bienestar y de nuestros derechos».

Como si los extranjeros fueran responsables de todos los males que sufren los nacionales.

El problema del odio entre autóctonos y extranjeros casi nunca es tenido en cuenta por los partidos políticos, las autoridades o el estado. No hablo sólo de los países occidentales, la xenofobia afecta a todo el mundo. Los extranjeros son víctimas de las autoridades que los califican de nocivos y peligrosos para la sociedad. Los partidos extremistas y llenos de odio (que culpan a los extranjeros del aumento de la violencia) son los verdaderos culpables del racismo y del aumento de los discursos xenófobos y que dividen. Esto es muy perjudicial para los países afectados.

Debemos comprender que el desplazamiento de personas de un lugar a otro en busca de una vida mejor no puede resolverse cerrando fronteras, fomentando el odio o devaluando a los seres humanos. El hambre, la guerra y la miseria son las causas y dan lugar a fenómenos cuyo poder destructivo trasciende los territorios. Van más allá de muros, ríos, montañas y alambradas. Los derechos fundamentales y universales deben tener prioridad sobre los temores y ansiedades con respecto a los "otros", especialmente cuando atentan contra la dignidad de un ser humano. No debemos olvidar que las personas marginadas y consideradas indeseables participan activamente en el desarrollo económico y social de las naciones en las que viven.

La educación en la sociedad actual debe fomentar el aprendizaje de la tolerancia, del civismo y el respeto a los demás. No es sólo un medio de evitar el caos, es la única manera de aprender y practicar la convivencia, la aceptación del otro y la valoración y el respeto de la identidad y la dignidad humanas.

Es la diversidad entre los seres humanos lo que nos hace más fuertes.

HOMENAJE A MOUMINI TRAORÉ

Como personas migrantes estamos en la mejor posición para saber, porque lo hemos vivido, que la ley nunca ha sido igual para todos. Nos dicen que todos somos iguales ante ella, pero la ley a veces es vulnerada y cada día la justicia se olvida de nosotros.

Olvida a jóvenes como Moumini Traoré, asesinado con sólo 16 años por la policía durante redadas brutales en Marruecos; a los migrantes encarcelados injustamente; a los que devuelven a sus países sin motivo; y a los que, día tras día, mueren en centros de detención o en el mar, ante la mayor indiferencia. Nos matan, torturan y desprecian, pero no podrán privarnos de nuestra dignidad.

Todas estas injusticias no debén ser razón para rendirse, al contrario, son motivaciones para seguir luchando con mayor determinación. Porque la migración es un derecho, no un delito.

POSTFACIO

Relatos sobre la experiencia migratoria: una contribución al conocimiento y mejor comprensión de las migraciones internacionales contemporáneas

Daniel Senovilla Hernández

IR CNRS - Migrinter - Coordinador del Observatorio de la Migración de Menores

La publicación de textos literarios sobre la experiencia (propia o transmitida) de personas en situación de migración ha experimentado un crecimiento considerable en los últimos 15 años. En 2010, Fabio Geda, un educador italiano publicaba *"Nel mare ci sono i cocodrilli"* (En el mar hay cocodrilos), la historia que le había confiado Enaiatollah Akbari, menor afgano de la etnia hazara que había atravesado diversos países en su periplo migratorio hasta llegar a Italia²⁶. Casi simultáneamente, Wali Mohammadi, con el apoyo del periodista Geoffroy Deffrennes, publicó *"De Kaboul à Calais : l'incroyable périple d'un jeune afghan"* (De Kabul à Calais: el increíble viaje de un joven afgano) describiendo su salida del mismo país y su periplo hasta ser acogido por una familia francesa en Calais.

Los relatos de personas migrantes de origen africano han adquirido asimismo cierta visibilidad en fechas recientes. En 2020, Ulrich Cabrel, joven camerunés llegado menor de edad a tierras bretonas, describe su viaje migratorio con la asisten-

²⁶ Más de 400 mil ejemplares fueron vendidos en el país transalpino y el texto fue traducido a numerosas lenguas. Fuente : " Il libri più venduti delle case editrici italiane «, lpost.it

cia de Étienne Longueville, miembro de la asociación CAJ-MA22 de Saint-Brieuc que le alojaba en su domicilio. El libro titulado "Boza" iba a lograr unas ventas considerables y su autor pudo participar en diferentes emisiones televisivas para hablar de su aventura. En España, Ousman Umar, autor de "Viaje al país de los blancos", es actualmente una persona influyente que goza de una emisión semanal en una radio nacional y es el creador de la ONG *Nasco Feeding Minds* que trabaja para promocionar las oportunidades de empleo y desarrollo en Ghana, su país de origen.

En línea con esta tendencia, en el Observatorio de la Migración de Menores del centro de investigación Migrinter empezamos a publicar textos cortos de menores y jóvenes migrantes desde el lanzamiento de la revista "Jóvenes y menores en Movilidad" (JMM) en el año 2015. Una sección específica llamada "Palabras de Jóvenes" les fue consagrada. En el año 2020, la colección de libros de relatos migratorios "*Ces récits qui viennent*" (Los relatos que nos llegan) fue lanzada en colaboración con la editorial parisina Dacres. Se publicaron cuatro libros : "*Chez moi ou presque*" (Mi hogar o casi) de Stephen Ngatcheu en la primavera de 2020; "*Un sur mille*" (Uno de cada mil) de Mouhamed Sanoussy Fadiga a finales de 2020; "*Sur le chemin de mes rêves*" (Por el camino de mis sueños) de Baba Fotso Toukan Junior en 2021; y "*Les heros du quotidien*" (Héroes cotidianos) de Dennis Kamerun en 2022. En paralelo, otro libro en edición universitaria a distribución gratuita, "Mi Vida" de Soiyarta Attoumani, fue editado a finales de 2022. Otros dos relatos migratorios ["*Ismaël: une migration non calculée*" (Ismaël: una migración no planificada) y "*Wisdom: Aidé ou kidnappé ?*" (Wisdom: ¿asistido o raptado?) constituyeron el núcleo del número 7 de la revista JMM difundida en 2023.

Dando por tanto continuidad a nuestro compromiso de dar visibilidad a los testimonios y percepciones de los menores y jóvenes migrantes, junto con Marie Cosnay, coeditora de este libro y gracias al apoyo de Migrinter, tenemos el honor y el placer de acompañar a Alhousine Diallo en la publicación de "Yo, persona invisible".

Escribir sobre las migraciones como forma de lucha y como ayuda terapéutica

Alhousine Diallo afirma que revelar todas las injusticias que ha padecido a lo largo de su periplo migratorio es su forma rebelarse contra lo que vive. En cierto modo, escribir para él es una forma de poder existir y de afrontar la invisibilidad a la que le condena el marco jurídico de gestión de las migraciones en el contexto europeo.

Si el componente de denuncia está a menudo presente en los relatos sobre la experiencia migratoria, nuestros autores confirman asimismo la importancia terapéutica que la escritura representa en sus vidas en reconstrucción. A este respecto Stephen Ngatcheu afirma que "Escribo porque es una forma de terapia para mí. Me resulta más fácil escribir que hablar con un psicólogo. Quería compartir con el mundo las dificultades que he experimentado a lo largo del viaje migratorio y también mostrar lo que otras soportan más allá de las fronteras"²⁷. Mouhamed Sanoussy Fadiga incide asimismo en la capacidad reparadora que tiene la literatura y en como el hecho de escribir le permitió desarrollar una forma de resiliencia preventiva ante los potenciales riesgos asociados a su nueva vida en el exilio: "Empecé a escribir cuando llegué a Marsella. Y sólo escribía por la noche porque durante el día estaba un

²⁷ Extracto de entrevista video con Stephen Ngatcheu: <https://www.youtube.com/watch?v=mVKUoaovFN4&t=284s>

poco atascado, no tenía mucha inspiración, pero por la noche me venía todo. (...) Expresaba lo que sentía, sobre todo no quería pasarme al otro lado y convertirme en un chico malo. Quería seguir por el buen camino, quería salir adelante”²⁸.

Partiendo de estas premisas, nuestro trabajo de investigación con jóvenes y menores migrantes se ha focalizado progresivamente durante los 10 últimos años en el acompañamiento a la expresión y a la puesta en valor de sus palabras y testimonios. A través de actividades colectivas o individuales que requieren su participación activa conseguimos obtener sus opiniones y percepciones sobre un buen número de cuestiones que les conciernen y que responden a nuestro interés investigador. Para ello hemos utilizado diferentes soportes artísticos, principalmente la fotografía²⁹, la creación musical³⁰ y la literatura.

Este tipo de enfoque nos permite crear gradual y espontáneamente un fuerte vínculo con los jóvenes con los que trabajamos, vínculo que fomentará la confianza y que nos facilitará el acceso gradual a versiones cada más detalladas de sus experiencias. Por ello, como investigadores nos adaptamos a

²⁸ Extracto de entrevista con Mouhamed Sanoussy Fadiga.

²⁹ Véase Wang Caroline y Burris Mary Ann (1997), Photovoice: Concept, Methodology, and Use for Participatory Needs Assessment, en *Health Education and Behavior* vol. 24 (3) pp. 369-387 ; Senovilla Hernández Daniel & Uzureau Océane (2018), Les images de mineurs migrants comme outils d'enquête, in Fabienne Le Houerou, Réfugiés en images, Images de réfugiés, *Revue Science and Vidéo* n° 7, Actes de la Journée d'Études organisé par MIGRINTER et l'IREMAM, MSHS de Poitiers, 3 juin 2016 ; Clery Alice, Colpin-Lafuma Faustine, Plozansky Sarah, Vink-Keters Aude (2018), Quand les images parlent : résultats d'un atelier photo avec les jeunes migrants du projet REMIV, *Jeunes et Mineurs en Mobilité*, n° 4, pp. 80-86.

³⁰ Canción "Migración positiva", original en francés con subtítulos en español, disponible en línea: https://www.youtube.com/watch?v=SnI_kvPDcA0

Canción "Hay cosas buenas y cosas malas", original en francés con subtítulos en español, disponible en línea: <https://www.youtube.com/watch?v=vSFDHhxH9bE>

las estrategias que Ravi Kohli recomienda para llevar a cabo un trabajo social de calidad, basadas en la construcción de una confianza mutua en la relación que se desarrolla a lo largo del tiempo con las personas investigadas, condiciones que favorecen la aparición progresiva de sus historias personales más densas (*thick stories*)³¹.

Asimismo, el sesgo introducido por diferentes factores (principalmente el marco jurídico, pero también la influencia de pares migrantes, de “pasadores”, de las experiencias traumáticas vividas) es susceptible de distorsionar la narración de la experiencia migratoria, su precisión, amplitud y coherencia³². Nuestro objetivo principal en cualquier caso es evitar perturbar o amenazar la intimidad de los jóvenes migrantes que participan en nuestras investigaciones y ofrecerles un espacio seguro en el que puedan expresarse. En cierto modo, y a diferencia de otras herramientas metodológicas más habituales, la utilización de la literatura o de otros soportes artísticos nos permite llevar a cabo una transferencia de los mecanismos de control sobre lo que los jóvenes desean transmitir y también que decidan aquellos aspectos que prefieren mantener bajo el silencio³³.

³¹ Kohli Ravi K.S. (2005), The sound of silence: Listening to what unaccompanied asylum-seeking children say and do not say, en *British Journal of Social Work*, volumen 36 (5), pp. 707-721; Kohli, Ravi K.S. (2009), Understanding silences and secrets in working with unaccompanied asylum-seeking children, en Thomas, N. (ed.) *Children, politics and communication*, Bristol Policy Press, pp. 107-122.

³² Bertaux Daniel (1997), *L'enquête et ses méthodes : le récit de vie*, Paris, Armand Colin, 164 p.; Spyrou Spyros (2011) *The Limits of Children's Voices: From Authenticity to Critical, Reflexive Representation*, in *Childhood*, Volume 18 (2), pp. 151-165; Kumin Judith (2014), *The heart of the matter. Assessing credibility when children apply for asylum in the European Union*, United Nations High Commissioner for Refugees, 197 p.

³³ Senovilla Hernández Daniel (2021), *Légitimité et enjeux méthodologiques lors du travail de recherche auprès des mineurs et jeunes migrants non accompagnés*, in *Hommes et migrations* 2021/2 n° 13333, p. 21-29.

Comprender las migraciones internacionales a partir de los relatos de sus protagonistas

Más allá de los aspectos simbióticos que presenta la utilización de soportes artísticos para favorecer la emergencia de los relatos migratorios, cabe preguntarse qué nos aportan estos últimos en términos de comprensión y de mejor conocimiento de los movimientos de población actuales. María de los Angeles Hernández Gómez ha realizado un completo análisis³⁴ de los contenidos de los cuatro primeros libros publicados en la colección "*Ces récits qui viennent*", poniendo de relieve diferentes aspectos relevantes de estos testimonios fundamentalmente autobiográficos. En primer lugar, el carácter dual de la voluntad de transmitir, denunciar, informar, deconstruir los discursos mediáticos y políticos que se centran en los aspectos negativos de la migración y, al mismo tiempo, utilizar la escritura y la expresión testimonial para sentirse mejor, para evitar las malas tentaciones, la cólera, la locura, incluso las tendencias autodestructivas (expresadas por Alhouseine Diallo en este libro y asociadas a la precariedad vital e invisibilidad que implica la violencia de la aplicación de las normas de gestión de las migraciones). Este último aspecto es asimismo subrayado por la misma autora que considera que los libros de relatos migratorios analizados "ofrecen una evaluación clara de los daños causados por la política europea de fronteras, además de denunciar la connivencia de los países de tránsito y acusar explícitamente a ciertos gobiernos africanos de corruptos e incapaces de ofrecer un futuro a sus pueblos. El resultado es la imagen de todo un continente

³⁴ Hernández Gómez María de los Ángeles (2023), *Récits rescapés: témoigner du parcours migratoire à la lisière du silence*, in Hernández Gómez, M.A. (dir.), *L'indicible. Déclinaisons du silence, de la censure et de l'autocensure*, Paris, l'Harmattan, p. 211-242.

abandonado a su suerte”³⁵. Los testimonios constituyen por tanto una alerta, un grito de auxilio lanzado al resto del mundo, hacia una forma de responsabilización política y ética colectiva o individual frente a las consecuencias del fenómeno migratorio. Alhouseine Diallo lo señala claramente: “hacer la vista gorda ante las tragedias que acontecen en nuestro entorno equivale a ser cómplices de las mismas”.

Redactado con precisión factual casi quirúrgica, ‘Yo, persona invisible’ nos aporta una crónica minuciosa en primera persona de la experiencia vivida por el autor. El primer capítulo explica las circunstancias de salida del país corroborando el dato de que las violencias y conflictos intrafamiliares constituyen una de las principales causas de la migración de jóvenes y menores de edad hacia Europa. En ese sentido un estudio realizado conjuntamente en 2017 por la asociación REACH y la organización UNICEF señalaba que alrededor de un tercio (31%) de una muestra de 850 menores no acompañados llegados a Italia y a Grecia había declarado la violencia en el seno de la familia como causa primaria de su salida en migración³⁶. El análisis que proponen Bonnet et Delanoë hace por su parte referencia a una forma de desafiliación voluntaria o forzosa del núcleo familiar (sobre todo en contextos poligámicos en los que esta violencia puede ser recurrente) previo a la partida del menor o joven subsahariano³⁷.

³⁵ Ibidem: “Ainsi, les ouvrages du corpus proposent une constatation avérée des dégâts de la politique européenne des frontières, tout comme la dénonciation de la connivence des pays de transit ou l’accusation explicite de certains gouvernements africains, corrompus et incapables d’assurer un avenir à leur population. Il en résulte l’image de tout un continent livré à lui-même”.

³⁶ REACH & UNICEF, Children on the move in Italy and Greece, juin 2017, 70 p.

³⁷ Doris Bonnet et Daniel Delanoë (2019), Motifs de départ des jeunes migrants originaires d’Afrique subsaharienne, in Enfants et jeunes d’origine africaine en contexte européen. Réaménagements familiaux, thérapies et maladies, Journal d’Africanistes 89-2, 2019, p. 100-117.

En las fronteras de la Unión Europea o una vez en Europa, en los enclaves españoles de Ceuta y Melilla, en los “hotspots” de las islas griegas o en los “campos” sicilianos, la espera forma parte de la vida cotidiana de las personas migrantes, ya sean adultas o menores, solicitantes de asilo o menores no acompañados. Durante una investigación en Ceuta en marzo de 2018, tuvimos la oportunidad de visitar el CETI, un centro de residencia temporal para inmigrantes que llegan a esta frontera europea³⁸. Como lo describe Alhouseine en el capítulo correspondiente, el CETI es la única puerta de entrada “regular” posible a la España peninsular para los inmigrantes que llegan a Ceuta³⁹. Adultos y menores que han auto-declarado su mayoría de edad para poder continuar su viaje, mujeres solas y familias, todos se amontonan en este espacio del extrarradio de la ciudad autónoma, que se asemeja claramente a un centro de internamiento.

El tiempo de espera antes de un traslado en territorio peninsular es variable y depende de la nacionalidad, del grado de vulnerabilidad, de la situación migratoria, del grado de ocupación del centro (como lo reitera Alhouseine) así como de la capacidad de acogida de otros territorios españoles. Alhouseine documenta que su estancia en este espacio post-fronterizo duró algo más de diez meses. Estos centros de estancia temporal - específicos para los enclaves de Ceuta y Melilla y gestionados por el Gobierno español - suelen estar satu-

³⁸ Curiosamente no coincidí en aquel momento con Alhouseine pero sí con alguno de sus amigos que me hablaron de sus escritos. Pude por fin conocerlo en persona en septiembre de 2022 en París.

³⁹ Los jóvenes y menores marroquíes y del norte de África siguen por regla general otra estrategia, intentando atravesar la frontera deslizándose en los bajos de algún camión, caravana o contenedor alojado en los ferries que cruzan el estrecho de Gibraltar. Esta dura realidad ha sido descrita con precisión por Oriana Philippe (2019), *Sebta transit: jeuneusses briséées*, *Migrinter Hypotheses*, <https://migrinter.hypotheses.org/3295>

rados: en febrero de 2017, la ocupación era de 1.141 personas⁴⁰ lo que representa el 223% de su capacidad máxima oficial de 512; en las fechas en que escribo estas líneas la ocupación es de alrededor de 700 personas⁴¹.

Una vez en España peninsular, Alhouseine adoleció de un acompañamiento asociativo deficiente que se limitó a cubrir sus necesidades básicas durante un tiempo limitado y le empujó hacia una exclusión social paulatina. Resulta curioso constatar que en función de su apariencia física podría haberse inicialmente beneficiado de una protección como menor no acompañado y, sin embargo, contradiciendo los discursos institucionales que a menudo pretenden lo contrario, nunca quiso ocultar su verdadera identidad y edad. Es también llamativo que no se le prestase ningún tipo de asesoramiento jurídico por parte de las asociaciones que le acogieron y que tuviese que ser él mismo, y ello con el propósito de poder ‘escapar’ de la familia de acogida donde se encontraba, quien iniciase los trámites para poder llevar a cabo una solicitud de asilo, iniciativa que finalmente iba a condicionarle su futura vida en Francia.

El relato de su experiencia en la frontera franco-española en el País Vasco corrobora las dudosas prácticas institucionales y policiales que reinstauran controles exhaustivos en el interior del espacio Schengen incumpliendo la legislación comunitaria reguladora de la libre circulación de personas⁴². También refleja la resistencia ciudadana y asociativa en solidaridad con la población migrante en tránsito que opera en este territorio

⁴⁰ CEAR (2017), Refugiados y migrantes en España. Los muros invisibles tras la frontera sur, Comisión Española de Ayuda al Refugiado- CEAR, Madrid, 38 p.

⁴¹ Casi 50 inmigrantes abandonan el CETI, El Faro de Ceuta, artículo de 24 de agosto de 2024 firmado por Carmen Echarri.

⁴² ANAFE & CAFI, Contrôles migratoires à la frontière franco-espagnole: entre violations des droits et luttes solidaires, mai 2023, 34 p.

fronterizo⁴³. Es reveladora su descripción de la devolución de un país al otro en la que tuvo que ejercer de interprete improvisado entre las fuerzas del orden de ambos países, situación que sería casi cómica si no fuese porque la virulencia de los controles practicados en esta zona llevan a las personas migrantes a asumir mayores riesgos que en ocasiones tienen consecuencias fatales⁴⁴.

Ya instalado en la región parisina, Alhouseine documenta de nuevo la violencia de los procedimientos administrativos y judiciales de gestión migratoria, en particular la precariedad asociada al hecho de ser 'dublinado' por haber solicitado previamente asilo en España⁴⁵, las condiciones penosas de alojamiento⁴⁶, las consecuencias psico-somáticas de la exclusión y, de nuevo, la invisibilidad, la indiferencia, el desprecio, las esperanzas efímeras, las frustraciones repetidas.

Casi siete años después de su entrada en Europa, y tras diversos rechazos a sus solicitudes de asilo y posteriores recursos, Alhouseine Diallo continúa en situación de precariedad administrativa y social. Confiamos en que la publicación de su libro pueda aportarle nuevas perspectivas para lograr sus objetivos: ser una persona visible que pueda construir una nueva vida desde la dignidad y el respeto que todo ser humano merece.

⁴³ Déaux Lydie (2021) Expériences d'ancrage dans les lieux de passage. Le séjour de jeunes migrants dans le centre de transit Pausa de Bayonne, in Hommes et migrations 2021/2 n° 1333, p. 63-69.

⁴⁴ Entre el 1 de enero de 2021 y el 31 de diciembre de 2022, al menos 12 personas han fallecido intentando cruzar esta frontera. Ver ANAFE & CAFI, op.cit., p. 22.

⁴⁵ En referencia al Reglamento de la Unión Europea denominado "Dublín" que establece las normas para determinar el estado responsable del examen de una solicitud de asilo.

⁴⁶ Slama Serge (2020) Dispositifs d'hébergement : la grande centrifugeuse étatique des demandeurs d'asile, in Revue européenne des migrations internationales, vol. 36 - n°2 et 3 | 2020, p. 255-267.



Quiero rendir homenaje a todos mis hermanos y hermanas que perdieron la vida en el camino, ya sea en las costas de Marruecos o de España, y a todos esos valientes que luchan junto a nosotros cada día para hacer frente a esta injusticia contemporánea

Alhouseine DIALLO, persona invisible, marzo de 2024

AGRADECIMIENTOS

Maite, que en Ceuta me abrió las puertas de su escuela, me permitió aprender, me apoyó, me aconsejó, me dio ideas, me animó; nunca me permitió dudar de mí mismo y me convenció de que tenía que encontrar mi sitio en el mundo.

Irene, a quien conocí en Ceuta y que, en Madrid, me dio su apoyo incondicional para que no me desanimara y no me abandonara a mi suerte. Le agradezco que me permitiera salir de España para intentar una vida en otro lugar, en un momento en el que ya no tenía ninguna esperanza.

Thierno, que me abrió respetuosamente las puertas de su casa, que me alimentó y me alojó y gracias a quien superé los inviernos en París y los primeros días de la pandemia.

Julia, que me permitió conocer a Pauline, y sin la cual no hubiese tenido un techo durante un largo periodo parisino.

Pauline, que durante mucho tiempo me ofreció su amable hospitalidad, proporcionándome estabilidad, un lugar de descanso y paz, mientras muchas personas luchan constantemente por encontrar un sitio donde vivir.

Leïla y Léa, a quienes conocí también a través de Julia, y que me dedicaron su tiempo sin pedir nada a cambio, dándome la oportunidad de hacer realidad mi sueño: escribir la primera versión de mi libro.

Miguel, por la revisión ortográfica y de estilo del texto

Marie y Daniel que me han dado la oportunidad de volver a publicar esta nueva versión.

**Alhouseine DIALLO
YO, PERSONA INVISIBLE**

Colección
«PALABRAS
DE
JÓVENES»
coordinada por
Marie COSNAY
y
Daniel
SENOVILLA
HERNÁNDEZ



ISBN 978-2-9556328-8-8
Copyright: Migrinter, Alhouseine Diallo & Patrick Bonjour
Ejemplar a distribución gratuita- No puede venderse